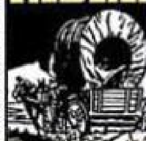
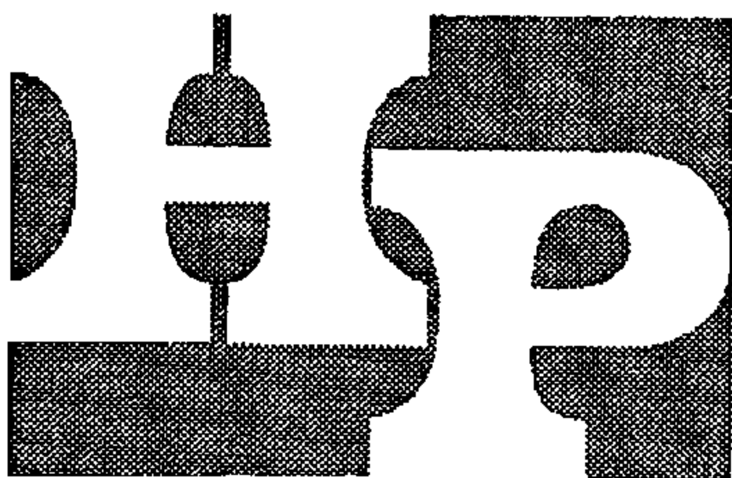
BOLSILIBROS BRUGUERA

Héroes de la PRADERA



Keith Luger

¡NO DISPARE, MARSHAL!





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

¡NO DISPARE, MARSHAL!

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 374
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-

Depósito legal: B 52327-1976

Impreso en España - Printed in Spain

2.a edición: febrero, 1977

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Se va a casar o no se va a casar con la viuda Clifford, jefe?

—¿Por qué me preguntas eso, Robert?

—Porque me intereso por su felicidad, *marshall*.

—Y un cuerno. Ya lo has vuelto a hacer.

—¿Qué cosa?

—Has vuelto a apostar. Te pasas la vida apostando por cualquier cosa. Y esta vez me elegiste a mí y a la viuda.

El *marshall* de Álamo Chico, Barry Morgan, después de decir tales palabras, miró a su ayudante con ojos fieros.

Robert Turner no pudo soportar aquella mirada y bajó los ojos.

—Sí, jefe. Aposté.

—¿Con quién?

—Con Cari Baker, el herrero.

—¿Cuánto?

—Un dólar.

—¿Y qué fue lo que dijiste?

—La duda ofende, jefe. Que a usted no le pescaría la viuda Clifford.

—Pues vas a perder.

—¿Qué?

—Que vas a perder. Me caso.

—¿Con esa viuda?

—Que yo sepa, sólo me relaciono con ella desde hace seis meses.

—Bueno, jefe. Yo le he visto hace dos semanas con una *girl*, Susan Harris. Recuerdo que los sorprendí en el patio cuando ella la estaba enjabonando la espalda en la tinaja.

—Aquello fue una excepción.

—Menuda excepción. Se pasó dos horas con ella en el secadero.

—¡Robert, no consiento que me espíes! Será mejor que barras la comisaría. Está hecha una pocilga.

—Sí, jefe. Ahora mismo la barro.

Robert Turner había cumplido recientemente los veintitrés años, era alto y muy delgado. Continuó barriendo aunque lo hacía de muy mala gana, rezongando por lo bajo.

Su jefe estaba sentado en la silla. Barry Morgan había cumplido los veintinueve años y llevaba seis de *marshall* en Álamo Chico. Cuando llegó a la ciudad estaba infestada de forajidos. Barry Morgan hizo una limpieza general. Desde entonces, la comarca y el pueblo habían prosperado. Álamo Chico se había convertido en una balsa de aceite. El *marshall* y su ayudante sólo se tenían que preocupar de las riñas que se provocaban los sábados y los domingos, cuando los *cow-boys* acudían de los ranchos cercanos a divertirse.

Turner seguía hablando por lo bajo.

Barry volvió la cabeza.

—¿Qué es lo que chamullas, Robert?

—Nada importante.

—Prefiero que lo digas en voz alta.

—¿Me da su permiso?

—Te lo doy.

—Entonces, se lo diré, jefe. Esa viuda lo va a dejar en los huesos. Es una ansiosa.

—¡Robert!

—Demonios, jefe. Admito que la señora Clifford está muy bien, pero no creí que se colase por ella.

—Tú mismo me dijiste que era una perita en dulce.

—Pero no le dije que se comiese el rabo.

—Y también la comparaste a una manzana.

—Pero la mejor manzana puede tener un gusano dentro.

—Déjate de refranes. La viuda Clifford es una mujer extraordinaria. Hasta ahora no la encontré ningún defecto. Sólo un lunar. —Se interrumpió.

—¿Dónde tiene el lunar, jefe?

—¡A ti no te importa!

—Es que podía hacer otra apuesta para resarcirme del dólar que

voy a perder con el herrero.

—¡No te vas a resarcir a costa del lunar de la viuda! ¡Maldita sea! Te servirá de lección para que dejes de apostar.

—Confíe uno en su jefe para que luego le haga eso.

—¡A barrer!

—Sí, señor. A barrer y a sacrificarse. ¿Y qué recibe uno a cambio? Disgustos. Disgustos por culpa de una viuda.

—¡Si no dejas de nombrar a Bárbara, te voy a tirar al abrevadero!

—Conque ya la llama Bárbara.

—No la puedo llamar Eustaquia porque se llama Bárbara.

—Pues sería mejor que se buscase una Eustaquia.

—¿Por qué?

—Porque no se casaría con una fulana que se llamase así.

—Robert, ¿es que me quieres sacar de mis casillas?

—No, jefe. Continúe dentro de sus casillas y con su Bárbara. Con su pan se la coma.

—¡No me la voy a comer de ninguna forma!

—Lo siento, jefe. Pero todo el mundo lo dice.

—¿Qué es lo que dice todo el mundo?

—Que la viuda está para comérsela. Y si usted se casa con ella, ¿quién se la va a comer?

—¡Basta, Robert, o me quedo sin ayudante!

—Sí, señor, a barrer.

El ayudante continuó manejando la escoba y rezongando palabras ininteligibles.

Se abrió la puerta de golpe y entró algo parecido a un ciclón.

—¡Socórrame, *marshall*!

El ciclón se detuvo. Era una mujer, joven, bonita y con una figura prodigiosamente curvada por donde debía curvarse, porque tenía el seno muy alto.

El ayudante se había quedado mirando el busto de la joven porque le había pillado muy cerca.

—¡A barrer, Turner! —le recordó Barry.

La joven dio una patadita en el suelo.

—¡Déjense de barrer y escúchenme!

El ayudante se inclinó sobre ella.

—A usted no la he visto ninguna vez.

—No me ha visto ninguna vez porque soy forastera.

—Conque forastera de fuera.

—¿Hay alguna forastera que sea de dentro?

Barry pegó una palmada en la mesa.

—¡Deja de interrumpir, Robert! ¿Qué le pasa a usted, señorita? Pero dígame antes su nombre.

—Dorothy Connors.

—Soy el *marshall* Barry Morgan.

—Y yo soy su ayudante Robert Turner. Y soy soltero, pero él se va a casar con una viuda.

Barry se pasó una mano por la cara.

—Robert, no quiero oírte hablar durante la próxima media hora. ¡Sigue barriendo!

—Ella dijo que no barriese.

—¡Pero yo soy el jefe y te digo que sigas trabajando con la escoba!

La joven estaba aturdida.

—Demonios, ¿es que no pueden escucharme y dejar un momento la escoba?

—Escupa, digo, hable —asintió el *marshall* Barry Morgan.

—¡Vienen detrás de mí! ¡No creo que tarden mucho en llegar!

—¿Quiénes vienen detrás de usted?

—Ellos, los miserables.

—Entiendo, se escapó de su casa, y su padre y sus hermanos vienen a por usted. Es demasiado joven, señorita Connors, y debe volver con su familia.

—¿Es usted el *marshall*?

—Eso le dije.

—Entonces, es usted un *marshall* bocazas.

—Señorita Connors, otro insulto como ése y la meto en la cárcel.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Entonces es un *marshall* bribón.

—¿Cómo?

—Sinvergüenza.

Barry se puso en pie y le mostró su talla.

Dorothy se quedó asombrada al verlo.

—Canastos, qué alto es usted. ¿Puede decirme cuánto mide?

—Ésa no es la cuestión.

Robert interrumpió de nuevo.

—Mide uno ochenta y tres, señorita. Todo un tipo. Lástima que se vaya a casar con una viuda.

—¡Robert!

—Sí, jefe, ya sé que no debo meterme en eso. Después de todo, ¿qué le importa que yo pierda un dólar?

El *marshall* exhaló el aire.

—Señorita Connors. Me ha estado usted insultando.

—¿Ah, sí?

—Dígame que se arrepiente, que no sabía lo que decía.

—Lo sabía perfectamente, *marshall* enano.

—¡Se está ganando un encierro!

La joven se ahuecó el cabello.

—Eso se lo dirá usted a todas.

Robert habló de nuevo.

—No sabe el partido que tiene con ellas. Con la viuda y con las *girls*. Le pegan cada enjabonamiento.

El *marshall* empezó a ponerse rojo.

—¡Me van a volver loco entre los dos! ¡Robert, a tu trabajo! Y en cuanto a usted, señorita Connors, ¿sabe lo que voy a hacer?

—Encerrarme.

—No, no la voy a encerrar yo. Eso va a ser cosa del doctor Murray.

—¿Por qué va a ser cosa del doctor?

—Porque está usted como una cabra. ¡Y eso no se lo digo a todas!

—No habla en serio.

—Completamente.

—Conque el doctor, ¿eh?

Dorothy cerró el puño y lo disparó contra la cara de Barry.

Sonó un castañazo y el *marshall* retrocedió manoteando y chocó contra la pared.

Había recibido un golpe en el ojo derecho.

—Jefe —dijo Robert—. Le apuesto un dólar a que se le pone morado.

CAPÍTULO II

El *marshall* Barry Morgan tenía un ojo morado.

Pero Robert no había ganado ningún dólar porque su jefe no le aceptó la apuesta.

Dorothy Connors estaba metida en una celda. Tendida en el camastro, cantaba la canción que tenía por título *Oigo pajaritos en mi ventana.*

Robert salió de la cocina con un filete en la mano.

—Ahí va, jefe. Carne de primera calidad.

—Ten cuidado.

Robert puso el filete en el ojo de Barry, el cual pegó un chillido.

—¡Maldita sea! ¡Qué manazas tienes, Robert!

El *marshall* sostuvo el filete sobre su ojo lesionado. Entonces Robert cruzó los brazos y dijo:

—Jefe, no podrá visitar hoy a la viuda.

—¿Por qué no?

—Porque si lo ve con ese ojo, se va a decepcionar mucho.

—Ella se hará cargo.

—Yo en su lugar, no haría eso porque se desprestigiará. Al fin y al cabo, no ha peleado con ningún forajido, sino con una mujer.

En ese momento llamaron a la puerta de la comisaría.

—Soy Bárbara, Barry.

El *marshall* dio un respingo.

—¡Demonios, la viuda! Robert, asoma la cabeza por la puerta y di que no estoy.

Robert se fue hacia la puerta. Abrió y dijo:

—Puede pasar, señora Clifford. El jefe la está esperando.

Barry hizo rechinar los dientes.

Bárbara Clifford, la viuda, entró en la oficina. Era una mujer de

unos treinta años, hermosa, muy llenita de carnes, ojos azules y cabello rubio. Llevaba un vestido muy elegante con una sombrillita para el sol que, ahora, cerró. Tenía una sonrisa en los labios pero la borró al ver al *marshall* con el filete en el ojo.

—¿Qué te pasó, Barry?

—Tropecé.

—¿Con qué?

—Con una silla.

En ese momento les llegó una voz desde la celda.

—No lo crea, señora. Yo le hinché el ojo.

Bárbara miró hacia los barrotes y se quedó asombrada al ver tras ellos a una joven.

—¿Usted?

—Si.

—¿Y por qué le pegó al *marshall*?

—Porque trató de abusar de mí.

El *marshall* pegó un salto y lo hizo con tanta energía que derrumbó la silla. Continuaba sosteniendo el filete en el ojo.

—¡Señorita Connors, una palabra más…!

—Ande, continúe, *marshall* abusón.

—¡Una palabra más y los dos días que ha de permanecer en la cárcel se los convierto en una semana!

La joven se agarró a los barrotes y, mirando a Bárbara, dijo:

—Le conté al *marshall* que era huérfana y él me dijo que me protegería. Pero si hubiese visto de qué forma lo quería hacer. ¡Sólo tenía manos! ¡Dios mío, parecía un pulpo!

La viuda agrandó los ojos.

—¡Barry!

—¡No la creas, Bárbara!

Robert se apresuró a salir hacia el patio, pero antes guiñó un ojo a la presa.

Bárbara dio un paso hacia Barry.

—Barry, creí que sólo te desahogabas conmigo.

—Bárbara, yo te aseguro que…

—No hace falta que me asegures nada. ¡Todo está claro!

—¿Por qué está claro?

—Por lo de tu ojo. La chica no tuvo más remedio que defenderse de tu acoso. Y yo sé que dice la verdad. Tus manos son como

tentáculos. Me gustaba que hicieses el pulpo conmigo. ¡Pero con nadie más!

—Bárbara, por favor, Robert te dirá la verdad.

El *marshall* buscó con el ojo sano a su ayudante, pero como no lo veía, se quitó el filete. Tampoco lo vio con el ojo que ya estaba negro.

—¡Robert!

No le contesto nadie.

Entonces giró hacia la celda.

Dorothy estaba cantando otra vez *Oigo pajaritos en mi ventana.*

—¡Deje de cantar, reclusa!

—¿Decía algo, *marshall* granuja?

—¡Quiero que diga la verdad!

—Muy bien, la diré.

—Así me gusta.

—Señorita Clifford, el *marshall* empezó a hacerme proposiciones deshonestas. Quería convencerme por las buenas, pero yo soy una chica de muy buenos principios porque me los inculcaron mis padres antes de morirse. Y por eso me negué a aceptar las horribles cosas que me decía el *marshall.*

Barry Morgan estaba con la boca abierta, escuchando a Dorothy.

—¡No, Bárbara! ¡No la creas! No hay una pizca de verdad en todo eso.

La viuda estaba llena de furia. Sus senos se agitaban.

—¡Barry!… ¡Tú y yo hemos terminado!

—¡Espera, Bárbara!

—¡He dicho que hemos terminado!

La viuda dio media vuelta y se dirigió a la salida.

Barry corrió tras ella.

—¡Espera, Bárbara! ¡No te vayas! ¡Hay un malentendido!

Logró atraparla por el brazo cuando ella ya había abierto la puerta.

La viuda miró a Barry y, levantando la barbilla, dijo:

—¡Suéltame, pulpo!

Y dio un tirón desasiéndose de Barry.

Morgan ya no pudo hacer más por detenerla porque Bárbara ganó la calle. Salió de la oficina pegando un fuerte portazo.

El *marshall* se mantuvo un momento inmóvil, con la puerta

delante de sus ojos. Cerró los puños y se volvió hacia la celda.

La joven cantaba de nuevo.

—¡Señorita Connors!

—Servidora.

—¿Por qué ha hecho usted eso? ¿Por qué?

—No sé a qué se refiere.

—¿Tiene el cinismo de decirme que no sabe a lo que se refiere? ¿Sabe quién es esa mujer?

—Por lo que oí, es una viuda.

—Sí, es una viuda. ¡Pero da la casualidad de que pronto va a dejar de serlo!

—¿Quiere decir que se va a morir?

—¡Quiero decir que se va a casar! ¡Y conmigo!

—Felicidades, *marshall.*

—Señorita Connors, le dije que estaba como una cabra, pero ahora tengo que rectificar.

—Es de sabios hacerlo.

Barry respiró profundamente y exclamó:

—¡¡Está como un rebaño de cabras!!

Dorothy dio media vuelta, se dirigió al camastro y se tendió en él.

—Por favor, si ya ha acabado con su ataque de chifladura, no chille más. Quisiera dormir un poco.

—¿Usted quiere dormir?

—Sí, estoy un poco cansada.

—¡Y un cuerno va a dormir! Quiero que me diga toda la verdad. ¿Por qué hizo esto? ¿Por qué?

La joven bostezó con una mano en la boca.

—*Marshall*, no pegué ojo durante la pasada noche. ¿Por qué no es un buen hombre y me deja tranquilita?

—Acaba de romper mi compromiso con Bárbara. Ella se ha creído todo lo que usted ha dicho. Ella piensa que de verdad le hice a usted proposiciones deshonestas.

—Y como mentí, debe condenarme a más tiempo de encierro.

—¿Qué?

—Me condenó a dos días por hincharle un ojo. Ahora debe encerrarme una semana más por mentir.

—Oiga, creo que empiezo a entenderla. Lo que usted quiere es

permanecer en esa celda.

—No se está mal aquí. Es una buena celda. Aunque yo la arreglaría un poquito.

—¿Ah, sí?

—Le pondría unos cuadritos, unos visillos en la ventana, y encuentro a faltar otras cosas aquí dentro.

—¿Una horca, señorita Connors?

—Eh, *marshall*, usted no será uno de esos brutos representantes de la ley que linchan a sus propios presos, sin esperar el fallo judicial.

—Nunca lo he sido. ¡Pero hoy me gustaría serlo!

La puerta de la calle se abrió otra vez.

—Bárbara —dijo Barry volviéndose.

Pero no era Bárbara.

Habían entrado en la oficina dos hombres de feo aspecto, la vestimenta llena de polvo, barbudos, y la pistolera muy baja. Uno de ellos exhibía una cicatriz sobre la ceja izquierda.

Los dos miraron al representante de la ley y rompieron a reír al mismo tiempo.

—Eh, usted, el del ojo morado —dijo el de la cicatriz—. Suelte a su prisionera.

—¿Soltarla, por qué?

—Porque nos la llevamos nosotros. Ande, *marshall,* dese prisa en abrir esa puerta enrejada, si no quiere que le hinchemos el otro ojo.

CAPÍTULO III

Barry Morgan se había quedado perplejo.

—Eh, ¿quiénes son ustedes?

—Yo soy Norman Clitton —contestó el de la cicatriz—. Y éste es John Gasnier —levantó el puño—. Y éstos son los nudillos que le van a triturar si no obedece pronto.

—¿Qué tienen que ver con la chica?

—No haga preguntas, *marshall.*

—Tengo derecho a hacerlas, y ustedes tienen la obligación de contestarlas.

Se hizo un silencio en la estancia.

Norman Clitton y John Gasnier cambiaron una mirada, y luego miraron otra vez al *marshall.*

—*Marshall,* se la está ganando —repuso Clitton—. Pero John y yo cambiamos de opinión. No serán los puños los que entren en juego.

—¿Ah, no?

—Serán los revólveres.

—Sería mejor que no tratasen de sacar.

—¿Y por qué no?

—Porque nadie puede amenazar con un revólver a un representante de la ley.

—Nosotros sí podemos y se lo vamos a demostrar. ¡Ya, John!

Tiraron del revólver, pero Barry también sacó.

En la oficina se produjo una ristra de estampidos.

Norman y John retrocedieron hacia la puerta impulsados por los proyectiles que estaban recibiendo. Ambos se derrumbaron y quedaron inmóviles eh el suelo.

Barry sopló el cañón del revólver y enfundó.

Robert apareció corriendo desde el patio. Tenía el revólver en la mano.

—Jefe, ¿qué ha pasado? ¿Un asalto?

—Algo parecido Querían llevarse a la chica por las malas.

—¿Se refiere a Dorothy Connors?

—¡No tenemos otra chica!

Robert se acercó a los cuerpos inmóviles y después de examinarlos, dijo:

—Están muertos.

Barry se dirigió a la celda.

Al otro lado, Dorothy tenía la cara muy pálida.

—Gracias, *marshall.*

—¡Déjese de dar las gracias y empiece a contarme qué clase de asado se trae entre manos, señorita Connors!

—Le dije que me perseguían.

—Y yo pensé que sería su familia.

—Y ya ve que no se trata de mis padres o de mis hermanos. Entre otras cosas porque no los tengo.

—¿Quiénes eran?

—Pistoleros al servicio de Max Burton.

—Ya sólo falta que me diga quién es Max Burton y por qué la quiere a usted.

—Yo formo parte de su mercancía.

—¿Su mercancía?

—Se dedica a comprar y vender mujeres.

—No me diga.

—Se lo estoy diciendo con palabras claras, señor Morgan. Pero se lo repetiré. Max Burton se dedica a comprar y vender mujeres.

—¿Un traficante de blancas?

—Eso es.

—¿Y cómo las compra?

—Bueno, a unas las compra, a otras las engaña…

—¿Y qué hizo con usted?

—Me contrató.

—¿Para qué?

—Para trabajar en un teatro. Yo tenía que quedarme en Kansas City, pero, cuando llegamos allí, Max Burton me dijo que había tenido mala suerte. Que el empresario que debía quedarse conmigo

tenía todas las plazas ocupadas.

—¿Y qué más le dijo?

—Que me llevaría a San Francisco y allí me contrataría el mejor empresario de la Costa Bárbara.

—San Francisco está muy lejos, señorita Connors. ¿Cómo sabe que Max Burton no iba a cumplir con usted?

—No sea ingenuo, *marshall*. Tengo otras compañeras de expedición.

—¿Cuántas?

—Dieciséis. Las fue recogiendo por donde pasábamos. Dos en Los Robles. Una en Jefferson City. Dos en Pine Center… Así, hasta llegar a las dieciséis. Naturalmente, las chicas y yo cambiamos impresiones. Algunas de ellas van por su propia voluntad y saben lo que les espera.

—¿Y qué les espera?

—Depende de la categoría de cada una.

—¿Y las que considere de primera categoría?

—Max Burton las venderá a los tipos que regentan cantinas y *saloons*. Ya sabe, serán chicas para todo. Para cantar, para hacer gastar dinero a los clientes… Y para lo otro.

—¿Está segura de todo eso?

—Claro que estoy segura. Simpaticé con una de las chicas. Ya es mayor. Tiene treinta y cinco años. Se llama Doris Morley, y conoce de antiguo a Max Burton. Cuando ello se enteró de que yo quería seguir la carrera teatral, se echó a reír. Pensó que yo era una libertina que se hacía la ingenua. Pero cuando se convenció de mi inocencia, se puso de mi parte y me explicó la verdadera personalidad de Max Burton… Para ese entonces, yo tenía sospechas acerca de los manejos de Burton, pero Doris me los confirmó plenamente. Entonces decidí escapar y lo conseguí con la ayuda de Doris.

—¿En qué lugar lo consiguió?

—A unas treinta millas de aquí. En el desfiladero del Muerto.

—¿Y ha venido andando desde allí?

—Unas veces he venido andando y otras veces subí al carro de un granjero.

—¿Por qué vino precisamente aquí?

—Porque un granjero me dijo que ésta era la ciudad más segura

para mí porque aquí había un *marshall* que hacía respetar la ley.

Barry se rascó detrás de una oreja.

—No sé si me está diciendo la verdad o me está colocando otra historia.

—Le he dicho la verdad.

—Creo que usted no la conoce ni por el forro. Ha mentido desde que llegó. Me metió en un lío. Le contó a la señora Clifford cosas que no ocurrieron entre usted y yo.

—No tuve más remedio que hacerlo para impedir que me sacase de la celda, y se acaba de demostrar que estuve acertada —señaló a los dos muertos.

—¿Cuántos hombres tiene Max Burton?

—Ocho.

—Entonces ahora le quedan seis.

—Sí, pero todos son pistoleros, gentuza. Ése fue uno de los aspectos que me hizo sospechar desde el primer momento. Los empleados de Max Burton son individuos de la peor calaña.

—Bueno, ya quedó libre.

—¿Y por qué lo cree?

—Max Burton mandó a dos hombres detrás de usted. Esperará algún tiempo y, al ver que no regresan, continuará su camino.

—Usted no conoce a Max Burton.

—¿Qué quiere decir?

—Que si sus dos hombres no regresan a su campamento vendrá él en persona con todos sus pistoleros.

—¿Tan importante se cree usted?

—El no acepta una pérdida en su negocio. Y estoy segura de que Max Burton espera sacar un buen precio por mí en la Costa Bárbara.

Turner intervino:

—Quizá la reservaba para favorita de un banquero. Esos tipos se chupan lo mejor.

—Es sólo una suposición tuya —gruñó Barry.

—Jefe, no me negará que la chica está un rato bien.

—Gracias, Robert —le sonrió Dorothy.

—Ayudante —dijo Barry de mal humor—. Llévate los cadáveres a la funeraria.

—A la orden. Yo sigo siempre cargando con lo peor. Barre la oficina, Robert… Lava las sábanas, Robert. Llévate los muertos,

Robert.

—¡A callar, Robert!

El *marshall* cogió el filete que había ido a parar al suelo y lo puso en la cara de un muerto.

—Llévate el filete también.

Robert retiró los cadáveres.

El *marshall* se sentó ante la mesa. Abrió un cajón y sacó una botella de *whisky*.

—¿Es usted borracho? —preguntó Dorothy.

—¿Eh?

—¿Que si le da por la bebida?

—No, no me da por la bebida. Pero, de vez en cuando, bebo un trago, especialmente cuando paso un mal rato. ¡Y estoy pasando un mal rato desde que usted llegó!

—Eso me recuerda que no le he dado las gracias por defenderme.

—No la estoy defendiendo. Sólo cumplo con mi deber. Está usted presa y yo no consiento que me quiten a un detenido.

—Ah, ya.

Barry bebió un trago de la botella y, después de limpiarse la boca con el dorso de la mano, preguntó:

—¿De dónde es usted, Dorothy?

—De un lugar de Kentucky.

—¿Cómo se llama ese lugar?

—Castor City. Está en las montañas.

—¿Es cierto que no tiene familia?

—Sólo un tío por parte de madre. Todo un bastardo. Se pasaba la vida moliéndome las espaldas. Quería que trabajase para que él pudiese beber todos los días su medio litro de *whisky*. Por eso no me gustan las personas que beben.

Barry empinó la botella.

—¿Es que no me ha oído, *marshall*?

—Sí, la he oído. Y bebo porque me da la gana. No piense que va a cambiar mi vida porque usted se haya interferido en ella. ¿Lo ha oído? ¡Bebo porque me da la gana!

—Bueno, si lo mata el alcohol, allá usted. Pero, por favor, no me haga el mismo chiste que mi tío.

—¿Qué chiste?

—Mi tío decía que el alcohol hacía conservar al hombre.
—Descuide. Es un chiste malo. No se lo diré.
Barry dejó la botella en el cajón y se puso a liar un cigarrillo.
—Así que escapó de su tío.
—Si.
—¿Cuándo ocurrió eso?
—Hace un par de meses.
—¿Y qué hizo durante esos dos meses?
—Quise dirigirme a Saint Louis. Pero sólo había huido con tres dólares y se me acabó el dinero. Tuve que buscar trabajo y fui a dar con un tipo tan bastardo como mi tío.
—Vaya, parece la chica de la suerte.
—De la mala suerte, debe decir.
—¿Qué le pasó con el fulano?
—Me contrató para ordeñar las vacas y él me confundió con una ternera.
—¿Qué fue lo que él consiguió?
—Le pinché con una horca.
Barry hizo un gesto de asombro.
—¿Lo mató?
—No tuve acierto. Tiré a matar, pero sólo le pinché una pierna. Por eso pude escapar y él se quedó relinchando como un caballo.
—Continúe sus aventuras. Son muy interesantes.
—Después del granjero, me tropecé con un tipo que se ganaba la vida haciendo bailar a un oso. Pensó que yo daría fuerza al número. El oso y yo bailaríamos juntos. Yo con muy poca ropa y el oso con su piel.
—¿Y qué pasó?
—El oso y yo nos llevamos muy bien, pero mi patrón y yo empezamos a llevarnos muy mal. Una noche, el sujeto quiso tomarme las medidas, y no era precisamente para comprarme un vestido.
—¿También lo pinchó?
—No tenía ningún arma a mano.
—¿Y qué hizo para librarse de él?
—Le arranqué media oreja.
—Sí, ya noté que tiene una dentadura muy buena.
—Y mientras él buscaba su trozo de oreja, pude huir.

—Total, que lo dejó sordo.

—Una pobre mujer sola como yo tiene que defenderse como puede.

—Pues sus defensas son bastante peligrosas.

—Después del tipo del oso, pude llegar a Centerville, y allí me dieron trabajo en una cantina.

—Seguro que, en un momento determinado, empezó a hacer saltar a tipos por la ventana.

—¿Cómo lo acertó?

—Un presentimiento.

—La primera noche se presentaron cuatro tipos en mi alcoba. Menos mal que logré que peleasen entre ellos.

—¿Y cómo lo consiguió?

—Dije que yo sería el premio para el vencedor.

—¿Y quién ganó?

—Yo.

—Cuénteme eso.

—Fue la mar de sencillo. Hubo uno más bruto que los demás y los arrojó por la ventana. Pero él quedó bastante deteriorado y se le ocurrió asomarse a la ventana para reírse de sus compañeros. Yo sólo tuve que empujarle un poquito. Y también se fue por el hueco.

Barry la observó con admiración.

—Oiga, señorita Connors, si se ha podido librar por sus propios medios de tanta gente, ¿por qué inflemos ha venido a pedirme ayuda?

—Porque Max Burton se las sabe todas y la única solución que tuve a mano fue la de escapar.

La joven bostezó otra vez.

—Y ahora, *marshall*, con su permiso, voy a echar ese sueñecito que me hace falta.

—Oh, sí, desde luego. Puede considerarse en su casa.

La joven se tendió en el camastro y no tardó un minuto en dormirse.

CAPÍTULO IV

Turner dijo por la reja:

—Eh, señorita Connors, es la hora de la comida. Dorothy despertó frotándose los ojos.

Turner abrió la puerta y entró con una bandeja donde había un plato con judías y patatas.

—¿Qué infiernos es eso? —preguntó la joven.

—Su ración.

—Huele a demonios.

—Eso es que no tiene hambre.

—Me comería un buey. ¿Quién cocina? ¿Su jefe?

—No, señorita. El único que hace los trabajos de casa soy yo.

—¿Y dónde aprendió a cocinar?

—Me enseñó mi abuela, que Dios la tenga en su gloria.

Dorothy probó las judías e hizo una mueca.

—Robert, esto sabe a veneno. ¿Dónde está su jefe? Quiero protestar. Esta comida no es para un preso.

—Mi jefe no está. Se fue a casa de la viuda para contarle de nuevo la historia.

—¿Tiene más patatas y más judías?

—Sí.

—Dígame entonces por dónde se va a la cocina. Robert sonrió.

—¿De veras va a cocinar?

—Soy mujer y éste es trabajo de mujer.

—Trato hecho. Venga conmigo.

Se fueron a la cocina y Robert proporcionó a Dorothy los ingredientes que necesitaba.

AI cabo de una hora, Dorothy había preparado sus judías. Robert las probó e hizo chasquear la lengua.

—Caramba. Le voy a decir al jefe que la condene a dos años de cárcel.

—Ni lo piense, Robert. Yo me voy a San Francisco.

—¿Con Max Burton?

—Oh, no, de ninguna forma. Iré a San Francisco por mis propios medios.

—¿Y qué hará allí?

—Contratarme en un teatro.

—Yo creo que valdría más como cocinera.

—Todavía no me ha visto bailar.

—La verdad es que la oí cantar y tiene una bonita voz.

—Gracias. Pero el baile es mi fuerte.

Turner estaba comiendo a dos carrillos.

De pronto Dorothy lanzó un grito.

—¿Se ha quemado?

—No, Robert.

La joven señaló la puerta que comunicaba con las dependencias interiores.

Allí había un tipo que cubría el ojo derecho con un trozo de cuero, barbudo. Sonreía mostrando unas encías en las que faltaban un par de dientes.

Turner recibió tal susto que le cayó el plato al suelo, volcando la comida.

—Eh, ¿quién es usted?

—Que lo diga ella —contestó el tuerto.

—Se llama Jack Simmons y está al servicio de Max Burton.

El llamado Jack Simmons hizo un saludo con la mano.

—Hola, *marshall*.

—No soy el *marshall*, sino su ayudante.

—No me importa lo que sea. Pero hará una cosa.

—¿A qué se refiere?

—Póngase a cuatro patas y cómase lo que arrojó en el suelo. Así no verá cómo me llevo a Dorothy.

Turner tragó saliva.

—Eh, amigo, no se la puede llevar.

—¿Por qué no?

—Porque está detenida.

—Pues ya quedó libre.

—La libertad sólo le puede ser concedida por mi jefe.

—Olvídese de su jefe y haga lo que yo diga. Empiece a comer como los puercos.

—No haré el puerco.

—Entonces hará el muerto.

El Tuerto llevó la mano hacia el revólver y Turner gritó:

—¡A cuatro patas! —Y se echó de bruces en el suelo.

Dorothy cruzó los brazos.

—No me voy a ir contigo, Jack.

—Vendrás por las buenas o te voy a dejar un poco chata. ¿No crees que sería una pena que te estropease esa linda nariz? Max Burton te está esperando en las afueras del pueblo.

—¿Por qué no vino él?

—Porque para eso tiene a sus empleados.

—Oye, Jack. No quiero regresar con Marx Burton. Soy una mujer libre. Tengo derecho a elegir mi destino.

—Cuéntaselo a Max.

—No se lo puedo contar porque se reiría.

—Déjate ya de pamplinas y echa a andar.

Turner seguía de rodillas, aunque no comía nada del suelo.

Por la puerta que comunicaba con el patio entró Barry Morgan.

—¿Qué pasa aquí, Robert? —preguntó, con el ceño fruncido.

—Hola, jefe. Aquí me tiene.

—¿Qué infiernos haces? Levántate.

—Es que el Tuerto no quiere.

Barry miró al forastero.

Turner le explicó:

—Viene por Dorothy. También es un empleado de Max Burton y me amenazó con sacar.

—Tuerto, no me gusta que amenacen a mis empleados.

Jack Simmons rió.

—Conque no, ¿eh?

—Es un representante de la ley y merece un respeto.

—Y usted es el *marshall* y merece también respeto.

—Así es, Tuerto.

—Pues no le voy a respetar nada, *marshall*. Porque le voy a dar la misma orden que le di a él.

—¿Y cuál fue esa orden?

—Que se ponga a cuatro patas y se coma la bazofia que hay en el suelo.

—No estaría nada bien que eso lo hiciese un *marshall*.

—Pues lo va a hacer.

—Me temo que no lo va a conseguir.

—Hágalo, *marshall*. Le conviene.

—Van a cambiar mucho las cosas. Usted es el que se pondrá a cuatro patas.

El Tuerto se echó a reír.

—Oiga, *marshall*, es usted grande haciendo chistes.

—Tiene tres segundos, Tuerto.

—Yo mismo contaré.

—Hágalo si gusta.

—Uno… dos… tres.

Los dos sacaron, pero Barry lo hizo con una fracción de segundo de ventaja. Y eso fue fatal para Jack Simmons.

El fulano desapareció por la puerta y se derrumbó. Dorothy pegó un largo chillido.

Turner no lo pegó porque se había quedado sin habla.

El *marshall* asomó la cabeza para mirar al Tuerto y, al verlo cadáver, enfundó el revólver.

—Robert, ¿por qué sacaste a la detenida de la celda?

—Encontró mala nuestra comida y me propuso cocinar. Yo acepté. Debería probar lo que hizo. Está para chuparse los dedos.

Barry se acercó a la olla y cogió una cucharada de lo que había dentro. Lo probó y dijo:

—Sí, Robert. Creo que tienes razón. Este guisado está estupendo. ¿Se sirve usted, señorita Connors?

—No, gracias. Ya perdí el apetito.

—Entonces yo comeré su ración.

—No puede.

—¿Por qué no? Está muy sabroso.

—No me refiero ahora al guiso, sino a Max Burton. El Tuerto dijo que estaba en las afueras de la ciudad.

—¿Tan cerca?

—Ya le advertí que él vendría, señor Morgan.

—Tengo ganas de conocer a Marx Burton.

—No irá a entregarme a él.

—¿Piensa que voy a hacer tal cosa después de haberla defendido dos veces?

—Yo preferiría que no viniese. Max Burton es tan bueno como usted con el revólver.

—Entonces, vuelva a la celda.

—Si, *marshall*. Creo que allí estaré más segura.

Morgan cogió del brazo a Dorothy y la llevó a la celda.

Turner apareció cargado con el muerto.

—Me lo llevo a la funeraria o yo tampoco comeré, jefe.

—Bien hecho, Robert.

Turner salió con el muerto de la comisaría y cerró la puerta.

De pronto, Morgan oyó un golpe en el porche y Turner volvió a entrar, aunque ya se había librado del cadáver.

—¡No puedo llevar al Tuerto a la funeraria, jefe!

—¿Por qué no?

—Porque acabo de ver algo que no me gusta nada.

—¿Qué cosa?

—Cinco hombres vienen a caballo, y apuesto a que uno de ellos es Max Burton. El que viene al frente. Rubio, de piel bronceada. Lleva traje gris.

—Es Max Burton.

Barry Morgan cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir.

—Jefe, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Saldré a dar la bienvenida al señor Burton.

CAPÍTULO V

Barry Morgan sacó un rifle del armero.

—Saldré con usted —dijo Turner.

—No, Robert. Tú te quedas en la ventana.

—A la orden.

—¡Esperen un momento! —gritó Dorothy.

—¿Qué quiere, señorita Connors?

—Abra la celda.

—No, usted no va a luchar. ¿O me va a decir que sabe usar un revólver?

—No voy a salir para luchar. Me entregaré a Max Burton.

—¿Cómo dice?

—Oiga, señor Morgan. Agradezco mucho lo que ha hecho por mí, pero no puedo consentir que los maten.

—Conque quiere seguir cocinando por su cuenta, ¿eh? Pues entérese, señorita. Usted ya acabó de cocinar en la olla. Lo que se cocine ahora va a ser cuenta mía.

Barry abrió la puerta pero antes de salir dirigió una mirada al ayudante.

—¿Tiemblas, muchacho?

—Tengo sueltos los huesos de la rodilla.

—Pues sujétalos. No quiero que dispares antes de tiempo.

Barry le dirigió una sonrisa y salió al porche.

Allí estaba el cadáver del Tuerto.

Miró a la derecha y vio venir por la calzada a los cinco jinetes. Avanzaban sin prisa. Un poco más adelante, iba el rubio que Dorothy había identificado como Max Burton.

Oyó pasos a la izquierda y vio que por la acera se acercaba al alcalde Lee Peters.

—*Marshall*, acabo de ver en la funeraria a dos muertos de bala.

El alcalde era gordito. Sacó un pañuelo y se enjugó el sudor de la cara.

De pronto se dio cuenta del hombre que estaba en el suelo y dijo:

—¿Qué hace ahí ese borracho que se manchó de jugo de tomate?

—No está borracho. Ni comió jugo de tomate. Está muerto y echa sangre por los agujeros.

Los ojos del alcalde parecían salir de las órbitas.

—¡Dios mío! —dijo y dio un traspié—. ¡Otro muerto!

—Y van tres.

Los cinco jinetes ya estaban llegando a la comisaría.

Max Burton tiró de las bridas. Sus cuatro empleados le imitaron.

Quedaron enfrentados al *marshall* y al alcalde, que estaban en el porche.

—¿Es usted el *marshall*? —dijo Max Burton.

Lee Peters pegó un chillido.

—¡No, yo no soy el *marshall*! ¡Soy el alcalde!

—No me dirigía a usted, gordito.

Barry hizo un gesto afirmativo.

—Sí, yo soy el *marshall.*

—Su nombre, rápido.

—¿Por qué tanta prisa?

—Porque tuvimos que desviarnos de nuestra ruta y debo proseguir el viaje cuanto antes.

—Yo no los voy a retener. Pueden seguir su ruta.

—Se cree gracioso, ¿eh?

—Sólo hago chistes en ciertas circunstancias y tengo mucho respeto a los muertos —señaló al Tuerto que estaba en el suelo.

—Ése era un empleado mío.

—Mi pésame.

—¿Lo mató usted?

—De la cabeza a los pies.

—¿Y qué pasó con Norman Clitton y John Gasnier?

—Ya están en la funeraria, cada uno en su ataúd. Pero no se preocupe. Habrán quedado muy aseados. El señor Sutton es todo un artista preparándole a uno el último viaje. Es el único funerario que

perfuma a los muertos para que huelan como rosas.

El alcalde soltó una arcada.

—Eh, *marshall*, está descomponiendo al gordito —dijo Max Burton.

Lee Peters estaba amarillo.

—Es que me acuerdo de un primo mío que murió el año pasado. El señor Sutton lo roció con perfume pero mi primo no olía a rosas.

—Gordito, eso es muy triste.

—Gracias.

—Pero cierre el pico o va a seguir el camino de su primo.

Lee Peters oyó aquello y se puso verde.

Max Burton se inclinó sobre la silla.

—*Marshall*, usted tiene algo mío.

—No registré todavía al Tuerto. Seguramente se refiere a algo que tiene él. Pero los muertos son registrados por mi ayudante.

—Deje en paz al Tuerto y deje en paz a su ayudante. Lo que usted tiene y que me pertenece, no puede estar en un bolsillo de uno de los muertos. Es algo que ocupa mucho lugar.

—¿Y qué es?

—No se haga el tonto, *marshall*. Sabe lo que es. Una mujer.

—Ya.

—Quiero decir que suelte a Dorothy Connors.

—Está detenida.

—¿Por qué?

Barry se señaló el ojo morado.

—Me pegó.

Los cuatro jinetes que estaban detrás de Burton se echaron a reír.

—Así que la metió en la cárcel —dijo Burton, que estaba muy serio.

—Hizo algo más.

—¿Qué cosa?

—Insultarme un par de veces.

—¿Y a cuánto la condenó?

—Estará en la celda un par de semanas.

Hubo un silencio y Max Burton sacó una cartera.

—De acuerdo con nuestras leyes —dijo—, un detenido puede ser rescatado pagando una multa. ¿A cuánto asciende la que usted le

impone a Dorothy Connors?

—Doscientos dólares.

Burton apartó la mirada de la cartera para fijarla en el representante de la ley.

—¿Doscientos dólares?

—Eso he dicho.

—Está chiflado, *marshall*. No puede imponer una multa superior a veinte dólares y es lo que le voy a dar por soltar a mi chica.

—No es su chica.

—Me voy a casar con ella, *marshall*.

—No se va a casar con ella, Max.

—¿Por qué cree que la llevo conmigo?

—Para venderla y lo mismo hará con las otras mujeres.

—Ella le contó eso.

—Sí.

—Es una sucia mentira, *marshall*.

—Si es mentira, dígame, ¿por qué lleva con usted a dieciséis mujeres?

—Proveo de chicas a circos, teatros. Pero no soy responsable de su conducta. Ya sabe que las chicas tienen la cabeza llena de pájaros. Unas siguen el buen camino y otras el malo.

—Y usted las aconseja para que sigan el bueno.

—Así es.

—Es todo un padre para ellas.

—Ahorre ese comentarlo, *marshall* —Max sacó cuatro billetes de a cinco dólares. Hizo una pelota con ellos y la arrojó al porche.

La bola fue detenida por el cadáver del Tuerto.

—Allí tiene sus veinte dólares, importe de la multa, *marshall*.

—No acepto dinero de usted.

—Piénselo mejor.

—Ya está pensado.

—¿Es su última palabra?

—La última.

—Gordito —dijo Burton—. Eche a correr.

—Sí, ahora mismo empiezo a correr —cabeceó el alcalde muy nervioso.

—No se detenga porque no le va a dar tiempo.

El alcalde pegó un salto y echó a correr por la acera de tablones.

Luego lo pensó mejor y saltó de la acera para cruzar la calle. Pero estaba demasiado gordo para avanzar aprisa. Vio el abrevadero y se tiró de cabeza. Calculó bien la distancia porque cayó dentro.

En ese momento Max Burton dijo:

—¡Duro con el *marshall*, muchachos!

Todos sacaron.

Pero Barry les llevaba ventaja porque tenía el rifle en las manos y se puso a disparar como un rayo.

El ayudante Robert le echó una mano desde la ventana, para lo cual rompió los cristales.

Aquel trozo de la calle se convirtió en un infierno.

Max Burton voló de la silla al recibir un impacto en el pecho.

Otros dos fulanos cayeron de las monturas.

Los caballos relincharon despavoridos.

Barry no había estado ni un segundo en el mismo sitio desde que empezó el tiroteo. Se había dejado caer de bruces y siguió enviando el plomo desde el suelo.

Otro jinete saltó de la silla y rodó por el polvo.

El último empleado de Burton dejó caer las armas y gritó:

—¡No tire, *marshall*! ¡Estoy indefenso!

—¡Alto el fuego, Robert! —ordenó Barry.

Ya no se hizo ningún disparo.

Barry se levantó y fue al lado de Max Burton. Estaba muerto. Y también lo estaban los otros.

Sólo quedaba aquel superviviente, el tipo que estaba con los brazos en alto.

—¿Cuál es tu nombre?

—Dick Tracy.

—¿Quién está con las chicas?

—Rick Harris. Es un viejo. No les hará daño.

—Robert, vete con Dick Tracy a por las chicas. Tráetelas y deja que se marchen ellos.

El ayudante salió de la comisaría para cumplir el encargo. Hizo girar el revólver en el dedo y por poco se le cae.

—Hicimos un buen trabajo, jefe.

—Sí, no estuvo mal del todo.

Oyeron que alguien hacía gárgaras y vieron aparecer al alcalde por el borde del abrevadero. Su cabeza chorreaba agua y sus ojos,

después de contemplar el escenario, rodaron en las órbitas.

—¡Madre mía, más muertos!

—Alcalde, hay trabajo para usted.

—No soy enterrador.

—Serénese y escuche. Robert va a traer un montón de chicas. Tendrán que ser huéspedes del municipio hasta que decidan largarse.

—¿Chicas?

—Y todas solteras. Al menos es lo que dirán ellas.

El alcalde saltó del abrevadero.

—Yo iré con Robert. Debo preocuparme por las chicas.

—Pero no le eche el ojo a ninguna, no vaya a ser que su mujer le atice, alcalde.

—Estoy ejercitando mis funciones. Sara se dará cuenta de ello.

—Es lo que usted se cree. Pero si Sara le saca los ojos, recuerde que le avisé. Vamos, dense prisa.

Barry dio por terminado aquel asunto y se metió en la comisaría.

Dorothy estaba de pie, tras la reja. Hizo un gesto de asombro con su bonito rostro.

Barry no dijo nada. Fue a la mesa, tiró del cajón y sacó su botella de *whisky*.

—A la salud de un bastardo muerto —dijo y bebió un trago.

Después de beber dio un suspiro y agregó:

—Mi abuelo tenía razón. Las mujeres siempre traen líos.

CAPÍTULO VI

Dorothy dijo:

—Deme un trago, *marshall.*

—¿Para qué?

—¿Para qué va a ser? Para que se me pase el susto.

—Recuerde lo que dijo de la bebida.

Dorothy dio una patada en el suelo.

—Sólo quiero un poco.

—Está bien. No se sulfure. Ahí va el trago.

Barry se acercó a la reja y, después de limpiar la embocadura del frasco con la manga, lo pasó por entre los barrotes.

Dorothy empinó la botella y empezó a beber.

—Eh, Dorothy. Que eso no es agua.

Ella apartó la botella, pero no pudo impedir que un chorro de *whisky* le resbalase por la barbilla. Se limpió con un pañolito.

—Está bueno, ¿eh?

—Pero no beba más.

—Sólo un traguito de despedida.

—Dorothy, que se marea.

Dorothy no le hizo caso y bebió otro trago que también resultó largo.

—¡Deme esa botella o entro a por ella y se la arranco por la fuerza!…

Dorothy terminó de beber y se puso roja.

—Demonios, esto está que arde.

—Naturalmente. ¡Es fuego!

—Creo que probaré otro traguito.

—Ni hablar. —Barry corrió hacia la pared y tomó el llavero. Abrió la celda.

Dorothy se había ido al fondo y seguía bebiendo.

Barry llegó corriendo y trató de quitarle el frasco. Ella se lo puso a la espalda y él tuvo que abrazarla para intentar quitárselo.

Y en ese momento se abrió la puerta y entró la viuda Clifford.

Barry no la podía ver y dijo:

—Vuelva en otra ocasión, hermano.

Bárbara miraba con asombro lo que estaba pasando en la celda.

—¡Barry! ¿Otra vez estás intentando abusar de la muchacha?

Barry se quedó de piedra.

Dorothy se puso a gritar:

—¡Socórrame, señora! ¡Este hombre sigue siendo un pulpo!

—¡Barry!

Morgan dejó libre a la muchacha después de recuperar la botella. Miró a Bárbara, que estaba en el centro de la estancia.

—¡No es lo que tú crees, querida!

—¡Lo he visto con mis propios ojos!

Dorothy escondió la cara entre las manos y se puso a sollozar.

—¡Me quiso emborrachar! ¡Me quiso emborrachar, señora Clifford!

Barry estaba con la boca abierta, sin poder pronunciar una palabra.

Bárbara levantó la barbilla.

—Barry, nunca supuse que serías tan bajo. Has detenido a esa muchacha porque es hermosa. Has tratado de emborracharla. ¿Para qué? ¡Para abusar de ella!

—¡No hice tal cosa! ¡Ella me pidió el *whisky*!

—No te sirve de nada tu defensa. Hemos terminado —dijo Bárbara.

La viuda salió de la comisaría pegando un fuerte portazo, como la otra vez.

Dorothy estaba de espaldas, apoyando la cabeza en la pared.

—Eh, comedianta, acabe con esto —gruñó Barry—. Ya se fue.

Dorothy se volvió sonriente.

—Pero qué bueno es el *whisky*.

—¡Le voy hacer escupir todo el *whisky*!

—¿Por qué?

—¡Porque es mi *whisky*!

—No hará tal cosa.

Dorothy empezó a alejarse de Barry dando la vuelta a la celda, pero él la siguió, transfigurado el rostro porque estaba lleno de rabia.

—¿Por qué lo hizo, Dorothy?

—Porque siento pena por usted.

—¿Que siente pena por mí?

—No debe casarse con la viuda.

—¿Por qué no debo casarme con ella?

—Porque es usted todo un hombre.

—¡Y ella es toda una mujer!

—Con algunos defectillos.

—¿Cuáles?

—Es viuda.

—¡Eso no es un defectillo!

—Pero fue de otro hombre.

—¡Ésa es una ventaja!

—¿Por qué?

—Porque se las sabe todas.

—*Marshall*, le prohíbo que me hable así.

—¿Que me lo prohíbe?

—Está ofendiendo mis castos oídos.

Barry cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir.

—¡Dorothy, a usted la mato!

—No puede ser un *marshall* asesino.

—¡Debería matarla!… ¡Yo quiero a esa mujer! ¡La quiero como esposa! ¡Como madre de mis hijos! ¿Por qué vino aquí? ¿Por qué?

—Porque me escapé de Max Burton. ¿Lo recuerda?

—Sí, lo recuerdo y ahora me dan ganas de resucitar a Max Burton y decirle que se la lleve.

—No diga eso, *marshall*. Usted está muy satisfecho de haber luchado por mí.

—¡No luché por usted!

—¿Y por quién luchó entonces?

—¡Por la justicia! ¡Por la ley! ¡Y no confunda las cosas!

—Dios mío, estoy mareada.

—Pues caígase.

—¡Que me caigo de verdad!

Dorothy dio un traspié y Barry la tuvo que sujetar. Quedaron

muy juntos. Ella le miró profundamente a los ojos y dijo:

—Qué ojos más hermosos tiene usted, jefe.

—¡Tengo uno morado y me lo puso usted!

—Pero siguen siendo hermosos.

—¡Está ebria!

—*Marshall*, qué brazos más fuertes tiene usted.

—Me gustaría que me sirviesen para algo.

—Dígalo. No se avergüence. ¿Para qué?

—¡Para estrangularla!

—Oh, *marshall* Estoy muy malita.

—¡Muérase!

—¿Qué le pasa en la cara?

—Ya se lo dije. El ojo.

—No, no es el ojo.

—¿Qué es entonces?

—Su cara me da vueltas.

—Se lo advertí. Está ebria.

—Tengo ganas de bailar. Bailemos juntos, *marshall.*

—¡Va a bailar con usted su tía!

—Le prefiero a usted… Por favor, *marshall*. Vamos a bailar.

—Tiéndase en el camastro.

—No quiero. Hagamos algo útil, jefe.

—¿Qué cosa?

—Bésame.

—¡Eso no es útil!

—Necesito que me bese. Quiero cerciorarme de algo. Es urgente.

—¿De qué se quiere cerciorar?

—De que es usted tan hombre como me lo estoy imaginando.

—¡No le daré ese gusto!

—Entonces me lo sirvo yo.

Dorothy cogió a Barry por el cabello y lo besó. Barry gruñó y pegó manotazos en el aire.

—¡Que nos caemos…! ¡Que nos caemos…!

Perdieron el equilibrio y cayeron en el camastro y de allí rebotaron al suelo.

Dorothy seguía besando al *marshall* Pero él logró apartar su cara.

—¡Señorita Connors, la multo!

—¿Con cuánto?

—Dos dólares.

—¿Dos dólares por besar a un *marshall*? ¡Póngame cuatro, jefe! —dijo y le volvió a besar.

La puerta de la comisaría se abrió de golpe.

—¡Bárbara, te juro que soy inocente! —gritó el *marshall.*

Pero tampoco era Bárbara Era un tropel de jóvenes. Todas estaban gritando:

—¿Dónde está el hombre que nos ha librado de Max Burton?

—¡Que me lo como!

Barry se levantó tambaleándose.

Las mujeres pegaron chillidos al verlo.

—¡Ahí tenemos al *marshall!*… ¡Vamos a por él! Barry retrocedió asustado.

—¡No!… ¡No, deténganse!… ¡Yo no he hecho nada!… ¡Fue cosa de mi ayudante!

Robert entró con la ropa hecha jirones y la cara llena de carmín.

—Jefe, a mí ya me dieron el premio. Ahora le toca a usted.

Barry pegó saltos tratando de librarse de las jóvenes, pero cayeron sobre él y lo agarraron de todas partes y empezaron a besarlo.

En aquel momento entró la viuda Clifford.

—Quiero ver a tu jefe, Robert. ¿Dónde está?

—Detrás de la carne.

—¿Es que se fue al matadero?

—No, señora Clifford. Es la carne que está en la celda.

La viuda miró hacia allí y se quedó asombrada al ver a un montón de mujeres y que, sobre ellas, de cuando en cuando, aparecía un brazo o una pierna de Barry Morgan.

—¡Barry! ¿Qué estás haciendo ahí? ¡Te ordeno que me lo digas! ¡Te lo ordeno!

Apareció la cabeza de Barry.

—¡No puedo, Bárbara!

Y desapareció otra vez bajo las olas encrespadas que formaban aquellas mujeres.

—¡Lo quiero para mí! —decía una.

—¡Es mío! —decía otra.

Dorothy estaba tristemente sentada en el camastro y miraba el espectáculo.

—Viuda —dijo—. No se haga ilusiones. No le va a quedar *marshall* ni para empezar.

—¿Cómo te atreves a hablarme así?

—Espérese y se convencerá.

—¡Robert! —dijo Bárbara.

—A la orden, señora.

—¡Quiero que me abras paso a tiros!

—Lo siento, señora Clifford. Pero no puedo hacer eso. Soy el largo brazo de la ley y no puedo disparar contra personas inocentes.

—Es que esas chicas no tienen nada de inocentes. ¡Me están dejando sin prometido!

—No se preocupe. Algo le dejarán. El *marshall* tenía mucho.

Barry reapareció otra vez por encima de las jóvenes que luchaban por besarlo y abrazarlo.

—¡Bárbara, te juro que soy ino…!

No pudo continuar porque otra vez fue empujado hacia abajo.

Bárbara levantó la barbilla, conforme su costumbre, y dando media vuelta, salió pegando tal portazo que a Robert se le movieron los sesos en la cabeza.

CAPÍTULO VII

Barry Morgan se estaba dando un baño en la tinaja del patio.

Le costó trabajo, pero había logrado imponer orden entre las mujeres que querían demostrarle su agradecimiento por haberles librado de Max Burton. Y ahora estaba relajado en la tinaja, con espuma de jabón hasta el pecho.

Habían pasado veinticuatro horas desde aquello. El alcalde se había encargado de las chicas. Algunas habían preferido contratarse en el *saloon* y otras estaban, provisionalmente, distribuidas entre las casas adineradas de Álamo Chico, prestando servicio como doncellas.

Pero una quedaba en la comisaría, Dorothy, porque estaba presa. Barry había querido aplazar su decisión sobre la joven. Ahora oyó pasos de alguien que salía al patio.

—Dame la toalla, Robert.

Dorothy apareció ante él con la toalla.

—Aquí la tiene, *marshall.*

—Eh, usted, ¿qué hace aquí? ¿Para qué salió de la celda?

—Robert me la abrió para que cocinase.

—A Robert le voy a cortar las manos por abrirle esa puerta enrejada. Además, no tiene por qué estar aquí. ¿No ve que me estoy bañando? Habló de unos oídos castos. ¡También sus ojos deben ser castos!

—Se lo ha creído usted desde que mis compañeras se lo rifaron para darle besos y abrazos.

—Yo no creo nunca nada de una mujer.

—Hace bien. Tampoco cree a la viuda.

—No me refería a la viuda, sino a todas ustedes; a la mercancía de Max Burton.

—Si vuelve a hablar despectivamente de nosotras, le hago tragar el jabón.

—¿Usted y cuántas más?

—¿Quiere verlo? No me encorajine.

Barry miró la pastilla de jabón y chasqueó la lengua.

—Demasiado grande para mi boca.

—Pues calle y hable con sensatez.

En aquel momento apareció Robert corriendo.

—¡Jefe!… ¡Jefe!

—¡Estoy aquí, en la tinaja, Robert!

—Dios mío, ¿qué va a ser de nosotros? Estamos en la mala. —Robert bailoteó nervioso alrededor de la joven—. Hola, Dorothy, ¿qué nos has preparado hoy para comer?

—Coles a la montañesa.

—¿Y qué es eso?

—Coles con costillas de cerdo, patatas y judías.

—Demonios, debe estar bueno.

Barry soltó un bufido.

—¡Deja la cocina ahora, Robert! ¿Por qué estamos en la mala?

—Acabo de ver a tres diablos.

—Entiendo, tres de las chicas de Max Burton ya se soltaron el pelo.

—No, jefe. No se trata de ellas.

—¿De quiénes, entonces?

—Richard Fonda.

—¿Fonda aquí?

—Sí, jefe.

—Debes haberlo confundido con alguien que se parece a él.

—No, jefe. Estoy seguro que es Richard Fonda porque lo vi muy cerca. Además, por si tenía alguna duda, va acompañado por dos pistoleros de categoría.

—Nombres.

—Michel Brassen y Roger Curtis.

—Vaya, un buen muestrario de la peor gentuza que circula desde Río Grande hasta Canadá.

—Y que lo diga, jefe. Son peores que coyotes locos.

—Imagino que estarán de paso.

—Se metieron en el *saloon* de Velma.

—Iré a verlos.

—Tenga cuidado, jefe. Ya sabe que esos tipos disparan primero y preguntan después.

—No te preocupes. Si un tipo de ésos me la pega, estoy dispuesto a comerme —miró la pastilla de jabón y luego rectificó— el piano de Velma.

—¿Quiénes son esos tres tipos de que Robert habla? —preguntó Dorothy.

—Usted dedíquese a la cocina o la meto en la celda —contestó Barry.

—¿Es que una no tiene derecho a hacer preguntas a un *marshall* sobre su trabajo?

—¡Ya se está marchando! ¡Me quiero vestir!

—Es usted un viejo renegón.

—Sólo tengo veintinueve años.

—Pues parece que tenga cincuenta.

La joven dio media vuelta y salió del patio.

—No parece mala chica —dijo Robert.

—¿Y qué me dices de mi ojo?

—Lo tiene mucho mejor.

—¿Y qué opinas de la que armó?

—Todo salió bien.

—Pero saldrá mal. Las mujeres que traía Max Burton fueron elegidas por él para venderlas y son muy atractivas. Y ahora están en la casa de padres de familia. Suma todo eso. ¿Y qué es lo que pasará? Yo te lo diré. Que en cualquier momento veremos a una esposa tratando de pegar un escopetazo a su marido.

—No se ponga trágico, jefe.

—Me tengo que poner trágico porque yo soy el que debe cuidar del orden en Álamo Chico. ¡Y tú eres mi ayudante!

—Le aseguro que no lo olvido, jefe.

—¡Pues dame de una vez la toalla!

Barry se secó y se vistió.

Antes de salir de la oficina se aseguró de que el cilindro del revólver estaba lleno de munición.

—¿Quiere que vaya con usted? —preguntó Turner.

—No, Robert. Quédate.

Barry salió de la comisaría y se encaminó al *saloon* de Velma.

Al entrar vio a los tres tipos a que se había referido Robert.

No, Turner no se había equivocado. Allí estaban Richard Fonda, Michel Brassen y Roger Curtis.

Se habían sentado en una mesa y les hacían compañía tres *girls*. Una para cada uno.

Barry identificó a dos de ellas como compañeras de Dorothy en la expedición de Max Burton.

Echó a andar hacia aquella mesa.

El primero en descubrirlo fue Roger Curtis, un tipo con cara de loco, de ojos saltones, nariz afilada, y de boca pequeña como la de una mujer.

—Eh, muchachos, aquí viene la ley.

Brassen dejó de prestar atención a su chica para fijar sus ojos en el *marshall.*

Richard Fonda siguió jugueteando con una pelirroja llamada Carol, como si no hubiese oído nada.

Brassen chasqueó la lengua y dijo:

—Ya noté el olor.

—¿Y es bueno? —preguntó Roger con su sonrisa de loco.

—De lo peor.

Barry se detuvo ante Fonda.

—Hola, Richard.

Richard levantó los ojos poco a poco. Se quedó muy serio.

—¿Qué quiere, *marshall*?

—Te hice un saludo.

—Pues salude a otra persona.

—¿Olvidas la educación?

—Yo saludo a quien me da la gana.

Barry se miró las uñas de la mano derecha. Y de pronto se puso en marcha. Cogió el vaso que Fonda tenía delante y le arrojó el *whisky* a la cara.

Fonda pegó un chillido.

Curtis movió la mano hacia el revólver pero Barry sacó antes y le apuntó a la cara.

—Anda, Curtis. Termina.

Roger Curtis no desenfundó.

—Me ha sacado ventaja porque estoy sentado.

—Ponte en pie y te daré una oportunidad.

—Con mucho gusto, *marshall.*

Fonda pegó una palmada en la mesa.

—¡Quieto, Roger!

El rubio hizo rechinar los dientes.

—No puedo contenerme, Richard.

—¡Y yo te ordeno que te contengas!

—Como tú quieras, Richard.

Fonda miró otra vez al *marshall.*

—Guarde ese revólver, Morgan. No puede asesinar a nadie.

—Empezaremos por el principio otra vez. —Barry enfundó el revólver—. Hola, Richard.

—¿Cómo está, *marshall*?

—De primera.

Ahora los dos seguían el juego. Mirándose y hablándose sonrientes, aunque las palabras de uno y otro estaban cargadas de ironía.

—¿Por qué estáis aquí? —preguntó Barry.

—¿Por qué vamos a estar?

—¡No me contestes una pregunta con otra pregunta!

—Muy bien, se lo diré, *marshall.* Vamos camino de San Bernardino, en California. Se ha descubierto oro y mis amigos y yo queremos participar de aquella riqueza.

—¿Robando y asaltando?

—*Marshall*, usted siempre con sus chistes.

—No veo que te rías.

—Porque no me gusta que me tomen por lo que no soy. No he asaltado a nadie.

—A nadie que te pueda reconocer porque lo haces enmascarado. —Barry le apuntó a la cara con el dedo—. Pero óyeme, Richard, si se comete un asalto en mi pueblo, sabré que sois vosotros. Y os voy a meter tantas balas en las nalgas que os van a tener que enterrar en un saco.

—No me gustan los tipos fanfarrones.

—No es una fanfarronada, Richard. Y si quieres probar, trata de robar a uno de mis ciudadanos.

—No voy a robar a nadie.

—Entonces, será mejor que os marchéis.

—No puede echarnos. No tiene nada contra nosotros. Nunca

hicimos nada en Álamo Chico.

—Lo hizo alguien de tu familia por ti.

—Mi hermano Frank lo está pagando.

—Debieron ahorcarlo.

—Eso es lo que usted quiso, pero el jurado no lo creyó así y lo condenaron a diez años. Por cierto, fui a verlo hace dos meses a la cárcel y me dio saludos para usted.

—Muy amable.

—También me encargó que le dijese algo.

—¿Qué cosa?

—Dijo: «Richard, si ves al piojoso *marshall* de Álamo Chico, dile que un día le meteré todas las balas de mi cilindro en la boca».

Barry sonrió.

—Siempre he dicho que tu hermano Frank era un tipo con el que se podía contar para una juerga.

—Y la juerga entre ustedes será algo grande.

—Yo no faltaría por nada del mundo a ella.

—Pues conserve las esperanzas.

Barry entornó los ojos.

—Sólo han pasado tres años desde que tu hermano fue a la cárcel. ¿Esperas una amnistía?

—Oh, no. Mi hermano hirió a un tipo en la cárcel y eso le costó tener que cumplir la condena completa.

—Entonces le faltan siete años para que salga.

—El tiempo pasa muy aprisa, *marshall.*

—Lo tendré en cuenta.

Curtis intervino:

—¡Maldita sea, Richard! Deja ya de hablar con el representante de la ley. Hemos venido aquí a pasarlo bien con las muchachas.

Fonda asintió.

—Tranquilo, muchacho, tranquilo. Vamos a seguir divirtiéndonos. ¿Verdad, *marshall*?

—Sí, Fonda, podéis seguir la diversión. Pero os lo repito. Nada de jaleos. Pero si os atrevéis a armarla, os saco del pueblo en un minuto. Palabra de Barry Morgan.

Tras decir eso, Barry dio media vuelta y se encaminó a la calle. Antes de salir, se detuvo y miró hacia los tres pistoleros.

Los ojos de Richard Fonda eran los de un asesino.

CAPÍTULO VIII

—¡Que albóndigas, jefe! ¡Qué albóndigas!

—No están mal.

—¿Dice que no están mal? Usted se ha comido veinte.

—Tenía hambre.

—No me negará que la chica es un primor en la cocina.

Dorothy apareció.

—¿Quién quiere más albóndigas?

—¡Yo! —gritó Robert.

—¿Y usted, jefe?

—Yo paso.

—¿Es que me va a decir que son malas?

—No he dicho que sean malas. Es que ya no quiero más.

Robert se frotó las manos.

—Todas para mí, Dorothy.

La joven le sirvió diez albóndigas con salsa y Robert empezó a despacharlas con entusiasmo.

Dorothy puso un brazo en jarras.

—He hecho también pastel de manzana. Y para luego café.

Barry se levantó.

—No, gracias. Tomaré el postre con Bárbara Clifford.

—¿Y qué le va a servir ella de postre?

—No es asunto suyo, señorita Connors.

—Ya me lo imagino. Será un postre muy especial. Besitos a la Pompadour.

—Señorita Connors, ¿por qué, para variar, deja de meterse conmigo y con la señora Clifford?

—No sabía que habían hecho las paces.

—Las hicimos.

—¿Cómo se las arregló para justificar la orgía que se estaba corriendo en mi celda?

—Da la casualidad de que no era ninguna orgia. Bárbara comprendió que las chicas sólo querían demostrarme su agradecimiento, y eso también la incluye a usted.

—De modo que no creyó que usted me estaba dando el *whisky* para ponerme a tono.

—Señorita Connors, ella creyó la verdad. ¿Lo entiende? La verdad. Además tengo que darle una noticia.

—¿Cuál?

—Queda en libertad.

—¿Cómo?

—Que está libre. Que puede marcharse.

Robert gritó:

—¡Eh, jefe, que nos quedamos sin cocinera!

—Hasta ahora has cocinado tú, y lo seguirás haciendo hasta que me case. Entonces se ocupará de la cocina la señora Morgan.

—¿Se refiere a la viuda?

—¡Deja de llamarla viuda! ¡Claro que me refiero a Bárbara!

La joven se quitó el delantal y lo arrojó sobre la mesa, al lado de Robert.

—¿Y qué hago yo con mi libertad, *marshall*?

—Según la Constitución, tiene derecho a ir donde le plazca.

—¿Y si me placiese quedarme aquí?

—No puede quedarse aquí. Esto es para autoridades y para presos. Y si está pensando en hincharme el otro ojo, quíteselo de la cabeza porque no me voy a dejar.

—No pienso hincharle el otro ojo.

—Buena ciudadana.

—Debería saber que le hinché el ojo porque me perseguía Max Burton, y era la única forma de quedarme en la celda. Pero ahora no me persigue Max Burton. ¡Quédese con su celda, con su ayudante, y con su viuda!

—¡No la llame viuda! ¡Se llama Bárbara!

Dorothy apretó los dientes.

—Tuvo antes un marido y él se murió y, por tanto, ella se convirtió en una viuda. ¡Y no volverá a ser otra cosa hasta que usted se case con ella!

—Lo será por poco tiempo porque me voy a casar con Bárbara la semana próxima.

—¿Qué día?

—El sábado.

—El día de las brujas.

—¡Sus comentarios no me hacen ni pizca de gracia, señorita Connors!

La viuda Clifford se estaba peinando frente al tocador.

La puerta de su dormitorio se abrió.

Richard Fonda entró en la estancia.

Ella vio reflejada la imagen de Fonda en el espejo.

—Hola, Richard.

Fonda llegó hasta Bárbara y la besó.

—Hola, nena.

Bárbara volvió la cabeza y entonces Fonda volvió a besarla.

—No tenemos tiempo, Richard. El *marshall* está a punto de llegar. Acordamos que tomaría el café conmigo.

—Veneno le deberías dar.

—Se lo puedo dar cuando quieras.

—Es demasiado pronto. Mi hermano se fugará de la cárcel esta noche pero tardará un par de días en llegar.

—¿No sería mejor que el *marshall* estuviese muerto para cuando Frank llegase?

—El plan es que tú envenenes a Barry Morgan pero que no lo llegues a matar. Frank quiere cumplir su promesa de matarle con su propia mano, metiéndole un montón de balas en la boca.

—Estoy soñando con lo que vais a sacar del Banco.

—Nos lo llevaremos todo.

—¿Sabes que hay cincuenta mil dólares?

—No creía que hubiese tanto. ¿Estás segura?

—Claro que lo estoy. Ten en cuenta que estoy en buenas relaciones con el *marshall* —la joven rió picarescamente—. Lo tengo muertecito.

—Cuidado. No le des demasiado. Hay cosas que sólo me pertenecen a mí.

—Tonto —dijo ella.

Richard la besó.

—Richard, es necesario que te vayas. Si Barry te sorprende aquí,

no quiero pensar lo que ocurriría.

—Ya me voy. Sólo quería darte la enhorabuena por tu trabajo.

—Recibí tu carta y me llenó de alegría. Sólo hice que cumplir órdenes.

—Pero el *marshall* siempre ha sido duro con las mujeres. Le han gustado todas y enamorarlo resultaba un trabajo difícil.

—No lo ha sido para mí —sonrió Bárbara y abanicó las pestañas.

—Sí, cariño, tú enamorarías al mismo diablo si te lo propusieses. Es cuestión de clase.

—¿Y tengo mucha?

—Lo tienes todo, Bárbara. Todo.

La volvió a estrechar contra sí y otra vez se unieron sus bocas.

—Vendré esta noche, querida.

—No vengas demasiado pronto.

—No quiero que el *marshall* esté demasiado tiempo contigo.

—De acuerdo. Lo despacharé en una hora.

—Trato hecho.

—Sal por la puerta trasera.

—Hasta luego.

Fonda abandonó la estancia y entonces Bárbara se arregló el batín que había quedado muy escotado después de su tempestuoso encuentro con Richard Fonda.

Se sentó ante el espejo, arregló su maquillaje y se peinó nuevamente.

Sonó el aldabón de la puerta y acudió a abrir.

—Hola, querida —dijo el *marshall* de Álamo Chico.

—Estaba contando los minutos que faltaban para que llegases —dijo ella y le echó los brazos al cuello.

Se besaron.

—Te he hecho café, Barry.

—Deja el café ahora —contestó Barry y la volvió a besar.

Bárbara Clifford se sentía muy a gusto cuando era besada por Morgan. Demonios, aquel hombre tenía que estar muerto para asaltar el Banco local, pero, cuando se encontraba en sus brazos, se olvidaba de los cincuenta mil dólares y de Richard Fonda.

—Está bien, Bárbara. Dame café.

Bárbara lamentó que él se acordase ahora del maldito café.

—Siéntate. En seguida te lo traigo.

Al quedar a solas, Barry se quedó pensativo. Cuando ella le sirvió el café, dijo:

—¿Qué te pasa, Barry? ¿Te preocupa algún problema?

—Hoy llegó al pueblo Richard Fonda.

—¿Quién es?

—El hermano de un tipo que metí en la cárcel.

—Imagino que te refieres a algún hecho ocurrido antes de que yo llegase.

—Oh, sí, tú viniste a Álamo Chico con tu marido unos meses después que ocurriese lo de Frank Fonda.

—Cuéntamelo.

—La historia es corta. Frank Fonda y dos pistoleros intentaron asaltar el Banco. Pero cometieron un error. Hirieron a Peter Farrell, el vigilante, y eso me dio tiempo a salir de la comisaría. Los sorprendí cuando salían del Banco con las bolsas del dinero. Se armó un tiroteo entre ellos y yo. Maté a dos de los ladrones y el otro se entregó porque le volé el revólver de la mano. Era Frank Fonda. Fue una suerte para él que el vigilante no muriese. Luego, en el juicio, se demostró que Frank no había disparado contra Peter Farrell. Por eso lo condenaron sólo a diez años.

—¿Richard Fonda no participó en el asalto?

—No, él estaba en la cárcel, acusado de robo.

—¿Significa algo que Richard Fonda esté aquí?

—Ha aparecido con dos pistoleros, Roger Curtis y Michel Brassen. Supuestamente, están de paso. Fue lo que Richard me dijo.

—¿Y no crees que te dijo la verdad?

—Nunca he creído a cierta clase de tipos, y Richard Fonda es de esa calaña.

—¿Supones que han venido para vengar a su hermano?

Barry bebió un trago de café.

—Todavía no lo sé.

Bárbara se echó sobre él y lo besó en los labios.

—He sentido celos durante unos instantes, Barry.

—¿Por qué?

—Creí que tu problema sería esa chica, Dorothy Connors.

—¿Por qué había de serlo?

—Ha demostrado tener mucho interés por ti. Se ha interpuesto entre los dos. Sólo ha hecho cosas para despertar mis celos.

—¿Y los tienes?

—Muchos. Si la pillo entre mis manos, la voy a dejar sin pelo.

—Esa forma de pelear no se ha hecho para ti, Bárbara.

—Tú no me conoces bien.

—¿No?

—Soy una tigresa cuando debo serlo.

—Me gustaría que ahora fueses una tigresa —dijo él y tiró de ella besándola en la boca.

Bárbara puso una mano como una zarpa sobre la cara de él, y bromeó:

—Estate quieto o te araño.

Barry se echó a reír y la besó otra vez.

Capítulo IX

—Bien —dijo Dorothy a Robert—. Tendré que ganarme la vida.

—Puedo recomendarla al señor Pulver. Necesita una doncella.

—¿Qué edad tiene el señor Pulver?

—Sesenta años.

—¿Casado?

—Viudo.

—¡No quiero nada con viudos!

—Bueno, el señor Pulver sólo le pegará un pescozón de vez en cuando. Usted le sacude un tortazo y en paz.

—No tendré necesidad de pegar un tortazo al señor Pulver porque no le voy a servir como doncella.

—Entonces, ¿qué hará?

—Yo canto y bailo. De modo que lo que me interesa es contratarme en un *saloon*.

Robert hizo un gesto de asombro.

—Oh, no, señorita Connors. Usted es una chica honrada.

—Lo soy.

—Entonces no le conviene ir al *saloon* de Velma.

—¿Por qué no?

—Porque los clientes de allí son mucho peores que el señor Pulver. No se conforman con un pescozón.

—Me contrataré como artista, no como *girl*. Hasta luego, Robert.

Turner corrió detrás de Dorothy.

—¡No haga eso, señorita Connors!

—Ya estoy decidida. Necesito dinero. Y cuando haya reunido lo bastante para el viaje a San Francisco, me largaré.

—Hágase la ciega y pida limosna por la calle.

—No es un buen consejo, Robert. Si me hago la ciega, algún

truhan me cogerá por la mano y me llevará al establo más cercano. Y no será precisamente para darme una moneda.

—Caramba, eso es verdad.

—Mi solución sigue siendo la mejor. Pero gracias por haber tratado de ayudarme.

Dorothy salió de la oficina cerrando a sus espaldas.

Caminó por la acera con paso resuelto y poco después se detenía ante el *saloon* de Velma.

Por la puerta le llegaron muchas voces y no eran precisamente educadas.

—Te voy a romper los morros —decía una de esas voces.

—Dame un besito, cariñín —decía otra.

Dorothy estuvo tentada de dar media vuelta y volver con Robert para aceptar su recomendación con el viudo. Pero se frotó la cadera, como si ya el viejo Pulver le hubiese soltado el pescozón. Por último, inspiró profundamente y empujó las hojas de vaivén penetrando en el local.

Dos tipos que estaban sentados en una mesa más cercana se quedaron mirando a la joven.

—Buck, ¿estoy soñando? —rezongó un hombretón—. Acaba de llegar un ángel.

—Muchacho, lo que tienes es telarañas en los ojos. Lo que acaba de entrar es la hembra de un puma. Yo me la meriendo.

—No, hombre. Es para mí.

Los dos hombres saltaron de las sillas y corrieron hacia Dorothy. Cada uno la cogió por un brazo.

—Nena, yo soy el hombre de tu vida.

—Cariño, no le hagas caso. Yo soy tu protector.

—¡Si no me dejan les haré daño! —gritó Dorothy.

Los dos fulanos se quedaron asombrados al oír aquello. Se miraron y rieron.

—Eh, Buck, la chica nos va a hacer pupa.

—Ya te lo dije. Es una fiera.

Dorothy dijo:

—Contaré hasta tres, y si para entonces no me han soltado, se va a armar.

Ninguno de ellos la soltó. Y luego Dorothy dijo:

—Uno… Dos… Tres.

Dorothy hizo un extraño movimiento que había aprendido de un japonés en un curso que se llamaba: «Defiéndase usted misma de los moscones, señorita». Le había costado diez dólares y sólo eran doce lecciones. Pero resultó barato porque le había servido de mucho, aunque le fallase con Max Burton.

Ahora tampoco le falló.

Los dos fulanos dieron una voltereta en el aire como si se hubiesen vuelto locos. Uno de ellos arrolló una mesa en donde había dos clientes con otras tantas *girls*.

El otro estalló la cabeza contra una escupidera de latón y la abolló.

Gran parte de las personas que había allí se habían dado cuenta del incidente y miraban a la protagonista, la cual, frotándose las manos, dijo:

—Ya lo saben, muchachos. Ver y no tocar.

Se dirigió al barman que poseía unos grandes bigotes.

—Oiga —le dijo—, ¿dónde puedo ver a la dueña?

El bigotudo había perdido también el habla y señaló la puerta que había al lado del mostrador.

—Gracias —dijo Dorothy y caminó hacia aquella puerta, que abrió sin llamar.

Un hombre y una mujer estaban apelotonados en un diván. Se besaban con mucho entusiasmo.

Dorothy carraspeó.

La mujer del diván apartó al hombre y dijo:

—¿Quién infiernos está ahí?

—Soy yo.

La mujer tendría unos treinta y cinco años. Era pelirroja, muy bella y con un cuerpo de curvas insultantes.

El hombre era como diez años más joven y tenía cara de pajarito.

—Yo soy Velma, ¿quién eres tú?

—Dorothy Connors.

—¿Y qué quieres?

—Vengo a contratarme, señora Velma.

—Señorita, si te parece bien.

—Si, señorita Velma.

—Tú debes ser del lote que llevaba ese traficante de esclavas.

—Sí, señorita Velma.

—Levanta el telón.

—¿Qué telón?

—Vamos, no te hagas la tonta. Las faldas. Quiero ver tus remos.

—Levantaré el telón, pero cuando él se vaya —contestó Dorothy señalando al pajarito.

—No te preocupes. Es inofensivo. Sólo me dice cosas a mí porque sabe que si se las dice a otra, le rompo el pico.

—Está bien —asintió Dorothy y enseñó el tobillo.

—Más, nena, que no te vas a resfriar. Aquí no hay corriente.

Dorothy subió un poco más la falda enseñando la pantorrilla.

—No está mal.

—Yo diría que muy bien —pió el pajarito.

—Slin, no pregunté tu opinión.

—Es que yo creía…

—Tú no puedes creer nada.

—Yo pensaba…

—Tú no puedes pensar nada.

—Sí, Velma.

Slin sacudió la cabeza y se dirigió hacia una puerta.

—Me voy a la jaula —dijo.

Pero todavía se volvió para ver las piernas de Dorothy una vez más.

Velma gritó:

—¡No te dije que te marchases! ¡Quédate en la puerta para que no entre nadie!

—Sí, Velma —asintió Slin y se puso un poco más alegre.

Velma apuntó a Dorothy.

—Bien, quedas contratada. Tendrás el diez por ciento de lo que consuman los clientes. No te precipites demasiado, teniendo en cuenta lo bonita que eres los tendrás a puñados.

—Se equivoca, señorita Velma.

—¿Eres de las ansiosas y los quieres a centenares?

—No, señorita, Velma. Todo lo contrario. No quiero tener uno solo.

—¿Cómo?

—Yo no quiero contratarme como *girl.*

—No me digas que quieres pasar por camarero —le miró el

busto—. No podrías ni aunque te pusieses un bigote postizo.

—Yo canto y bailo, señorita Velma. Y sólo quiero hacer eso en el *saloon*. Cantar y bailar.

—Slin.

—Dime, Velma.

—¿Estoy soñando o es realidad?

—Yo la veo de carne y hueso. Más carne que hueso.

—¡No te pregunté tanto, pájaro!

—Es que yo imaginé…

—Tú no puedes imaginar nada.

Slin sacudió la cabeza en sentido afirmativo y se miró la punta de las botas.

Velma sacó un cigarrillo de una cajita que había en una mesa cercana y ella misma lo prendió con un fósforo. Después de echar dos chorritos de humo por la nariz, miró otra vez a Dorothy.

—¿Qué cantas y bailas?

—Cosas.

—Quiero oír y ver. Slin, ponte al piano.

Slin caminó con paso rápido hacia el piano y se sentó ante él.

—¿Qué te toco, nena?

—¡Slin! —chilló otra vez Velma—. Otra indirecta como ésa y te dejo sin plumas.

—Perdona, Velma, pero yo sólo me refería a la pieza.

—A callar.

—Sí, Velma.

Dorothy, que había sonreído el incidente, dijo:

—¿Sabe la canción? No sé lo que me pasa cuando te veo.

—Desde luego.

—Empiece cuando quiera.

—Allá va.

Slin desgranó los dedos por el teclado y Dorothy dio unos pasos delante de Velma, con un brazo en jarras. Luego se detuvo y se subió la falda hasta la rodilla y empezó a cantar:

¡Ay, cariño, amor, dulzura, cuando pasas por mi lado, toda yo me estremezco!

Y si me miras a los ojos, me derrito como la mantequilla.

Ay, cariño, amor, dulzura, no me mires así o dentro de poco seré un charco.

Luego se puso a evolucionar mirando con mucha intención a un auditorio invisible.

Slin tocaba el piano con la boca abierta, mirando a Dorothy, y se equivocó en dos compases.

Dorothy se detuvo y esperó el fallo de Velma.

La pelirroja dio una larga chupada al cigarrillo.

—Dorothy, ¿dónde aprendiste a pegar fuego a los hombres?

—¿Usted cree que hago eso?

—Yo juraría que me vas a incendiar el local. Y entiendo mi negocio como el que más.

—¿Quiere decir que me da la plaza?

—Sí, pero tendré que pagar a dos matones para que te cuiden, y eso rebajará un poco tu sueldo.

—Es usted un sol, señorita Velma.

—Empezarás a trabajar esta noche.

—Gracias, señorita Velma.

CAPÍTULO X

Robert Turner paseaba de un lado a otro de la comisaría cuando la puerta se abrió dando paso a Barry Morgan.

—Jefe, ¿sabe la noticia?

—¿La han armado Richard Fonda y sus compinches?

—No, jefe, no es eso.

—¿Qué es, entonces?

—Dorothy Connors.

—¿Qué le pasa a Dorothy Connors?

—Que fue contratada en el *saloon* de Velma.

—¡No puede ser!

—Vino la propia Dorothy a decírmelo. Velma le había adelantado un poco de dinero para comprarse un par de vestidos y otras cosas.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace media hora. Todavía debe estar en el almacén.

Barry abrió la puerta y se encaminó al almacén de Douglas Harrison.

El señor Harrison, el almacenista lo saludó.

—Buenas tardes, *marshall*. ¿Qué mercancías le sirvo?

—Una mujer —contestó distraídamente Barry mientras buscaba con la mirada a Dorothy.

—Perdone, *marshall*, pero de esa mercancía todavía no tenemos.

—Debe haberse marchado ya.

—¿Quién?

—Dorothy, la muchacha que tuve detenida en la cárcel.

—Está aquí, detrás del biombo, probándose vestidos.

Barry se encaminó por un corredor y llegó a una habitación del almacén que estaba destinada a prendas femeninas.

Dorothy estaba en enaguas, delante de un espejo, mirándose las medias negras que se había puesto. Teníala espalda y los hombros desnudos.

—Quítese eso —dijo Barry.

Dorothy se volvió dando un chillido, cubriéndose con las manos el pronunciado escote.

—¿Qué hace usted aquí? ¿No sabe que este espacio es sólo para mujeres?

—Tenía que venir para quitarle de la cabeza lo que ha pensado, actuar en el *saloon* de Velma.

—¿Usted?

—Sí, yo.

—Pero ¿quién se cree que es?

—El *marshall* de Álamo Chico.

—Eso ya lo sé. No me dice nada nuevo. Pero no es mi padre, ni mi abuelo, ni mi tío…

—No, no soy nada de eso. Pero debo velar por usted.

—¿Por qué, señor Morgan? Dígame una razón.

Barry se mojó los labios con la lengua.

—Porque… bueno, porque fue mi detenida.

—Sí, *marshall*. Fui su detenida, pero ya me dejó libre. ¿Necesito repetir sus palabras? Soy una ciudadana y, según la Constitución, puedo ir donde me plazca.

—Se aprendió bien la lección.

—Sí, señor Morgan. Tuve que aprendérmela.

—Se presentó como una chica inocente para que yo la librase de Max Burton. ¿Y qué es lo que hace ahora? Contratarse como *girl* en el *saloon*. ¿Por qué infiernos no continuó con Max Burton si ésa era su idea?

—Le volveré a decir algo.

—¿Qué cosa?

—¡Es usted un *marshall* bocazas…! Yo no me he contratado como *girl*. Voy a cantar y bailar. Sólo eso…

—Es lo que usted dirá.

—Es el acuerdo que hice con Velma. Y va a poner un par de matones a mi servicio para que me libre de los abejorros.

Barry arrugó el ceño.

—Me gustaría creerla.

—Es asunto suyo creerme o no. Y ahora, con su permiso tengo que probarme un vestido.

Dorothy cogió un vestido de un maniquí y se metió en el biombo.

Barry continuaba allí cuando ella salió con el vestido puesto. Su espalda seguía desnuda y trató de ponerse los corchetes.

Barry caminó hacia ella. Se detuvo junto a la joven y levantó las manos.

—Déjeme a mí.

—¿Todavía está ahí, *marshall*?

Barry tomó las dos aberturas del vestido y al hacerlo rozó con sus dedos la piel blanca de Dorothy.

—Sin aprovecharse, *marshall.*

—No me estoy aprovechando.

Dorothy soltó un gruñido.

—Ya tiene a la viuda para eso.

Barry continuaba abrochando los corchetes.

—Lista —dijo.

Dorothy dio unos pasos ante el espejo.

—¿Qué tal estoy?

—Demasiado provocativa.

—¿Por qué demasiado provocativa?

—Por su escote.

—Es así como se llevan.

—Enseña demasiado.

—¿Se escandaliza, *marshall*?

—No, pero debo tener cuidado con lo que pasa en el *saloon* de Velma.

—Oiga, *marshall*. He visto a *girls* en el *saloon* de Velma que llevan escotes como éste.

—Sí, es posible, pero ninguna de ellas tiene…

—Siga.

—Tiene lo que usted tiene.

—Espero que los clientes de Álamo Chico no tengan tan mala intención como usted.

—¿Yo mala intención?

—Usted mira de una forma que dan ganas de cubrirse con una manta.

—Disculpe, no pensé que le hiciese daño con una mirada.
—Hay miradas más peligrosas que un puñetazo en un ojo.
Barry se llevó la mano al ojo que ella había hinchado.
—Gracias por recordármelo, Dorothy. Y ahora, adiós.
—No se puede marchar.
—¿Que no? ¿Por qué?
—Me puso los corchetes y ahora tiene que quitármelos.
—Está bien, pero démonos prisa.
Dorothy le ofreció la espalda y Barry empezó a despasarle los corchetes. En un momento determinado, ella pegó un chillido.
—¿Qué le pasa, Dorothy?
—¡Me ha pellizcado, *marshall*!
—No fue ésa mi intención.
Cuando estaba por el penúltimo corchete, Barry dijo:
—Tiene usted una espalda muy bonita.
—Es una espalda como otra cualquiera.
—No, no lo es.
—¿Ha visto muchas espaldas, *marshall*?
—Algunas.
—Oh, sí debe haber visto muy bien la de la viuda.
—Déjela en paz.
—No quiero dejarla en paz. Ande, dígame, ¿quién tiene mejor espalda? ¿Ella o yo?
—Son dos espaldas distintas.
—Siempre hay una mejor que la otra.
—Bueno, si quiere que le diga la verdad…
—Eso es lo que quiero, que me diga la verdad.
Barry balbuceó y de pronto dijo:
—¡Maldita sea! ¡No puedo decir la verdad!
—¿Por qué no?
—Porque estoy comprometido.
—Pero se puede ser imparcial aunque se esté comprometido.
—No, no se puede.
Ella se volvió hacia Barry.
Estaban muy cerca el uno del otro.
Estuvieron así un rato, mirándose a los ojos y, de pronto, Barry tiró de Dorothy y la besó en la boca.
Pasaron cinco segundos y ella separó sus labios.

—*Marshall*, ahora le impongo a usted una multa por hacer lo que ha hecho.

—¿Cuánto?

—Dos dólares.

—Pues que sean cuatro —contestó Barry y la volvió a besar.

Transcurrieron ahora diez segundos. Al fin, él la soltó y, entonces Dorothy dijo:

—Señor Morgan, lo que usted acaba de hacer es incalificable. Está prometido con una mujer y besa a otra.

Barry se pasó una mano por el cabello.

—Lo siento.

—¿Qué le ha pasado?

—No lo sé.

—Pues trate de explicármelo. Es necesario que usted y yo sepamos por qué me ha besado como si fuese la mujer que ama.

—Yo no la amo.

—Caramba, ¿qué es lo que hará entonces con la viuda?

—Oiga, Dorothy. Usted es una mujer y yo un hombre…

—Algo que yo ignoraba. Siga con ese camino y descubrirá la pólvora.

—No se burle.

—Es usted quien se está burlando de mí diciendo cosas absurdas.

—Usted es la que me ha pedido que trate de buscar una explicación al beso.

—Nada de un beso. ¡Dos besos!

—Pues verá… —Barry se pasó un dedo por el cuello de la camisa y en ese momento entró corriendo Robert.

—¡Jefe!

—¿Qué pasa, Robert?

—Se acaba de recibir un telegrama. —Robert tenía un papel en la mano—. ¡Frank Fonda se fugó de la penitenciaría!

CAPÍTULO XI

Barry Morgan arrebató el telegrama de la mano de Robert. Leyó su contenido. No agregaba otra cosa a lo que Robert le había dicho, salvó que estaba firmado por el alcaide de la penitenciaría.

Se quedó pensativo.

—Jefe —dijo Turner—. ¿Cree que tiene algo que verla fuga de Frank Fonda con la aparición de su hermano y los dos pistoleros?

—Sí, Robert. Tiene algo que ver. Se van a reunir aquí.

—Sería absurdo. Usted impedirá esa reunión.

—La ciudad es muy grande. No puedo vigilar todos los rincones.

—¿Y qué va a hacer?

—Hablar con Richard Fonda.

Barry dio media vuelta y Robert fue a ir con él.

—No, Robert. No te quiero a mi lado.

Turner se quedó allí mientras Barry salía.

Dorothy, preguntó:

—¿Corre peligro el *marshall*?

—Mucho.

—Pero él sabe manejar muy bien el revólver.

—Sí, pero ellos son unos asesinos y no se enfrentarán a mi jefe cara a cara. Ése es el peligro. Que esos canallas le manden la bala desde cualquier parte.

Dorothy se mordió el labio inferior.

—¡Tiene que impedir que su jefe muera!

—No quisiera que al *marshall* lo matasen. Pero ¿qué puedo hacer?… A propósito, señorita Connors. ¿Por qué se preocupa tanto de Barry Morgan?

—Es un ser humano como los demás, y no me gustaría que le llevasen al cementerio.

—¿Es sólo eso?
—¿Qué intenta insinuar?
—A usted le gusta mi jefe.
—Es posible.
—¿Se ha enamorado de él?
—Creo que si, pero no se lo diga…
—Mala suerte para usted. Esa viuda le atrapó en sus redes y se va a casar con ella.
—Ya lo sé.
—A mí no me gusta nada la viuda. La preferiría a usted como mujer de mi jefe.
—Gracias, Robert.
—Estoy seguro de que la viuda no sabe cocinar como usted.
Dorothy se echó a reír.
—Haré lo que pueda por seguir cocinando, Robert.
Turner le guiñó un ojo.
—Si puedo echarle una mano, cuente conmigo.

Barry Morgan entró en el hotel de Eddie Robinson.
—Hola, *marshall*.
—¿Está alojado aquí Richard Fonda?
—Sí.
—¿Cuál es su habitación?
—La 8, pero no ha hecho nada malo. Ha pasado las últimas horas con una muchacha del *saloon*.
—¿Y los otros? Ya sabe a quiénes me refiero. A Michel Brassen y Roger Curtis.
—También tenía cada uno de ellos una muchacha. Estuvieron un rato aquí, pero luego se largaron. Seguramente estarán en un *saloon* o una cantina.
—¿Oyó decirles algo acerca de su estancia en la ciudad?
—No, *marshall*, no dijeron nada. Aunque pagaron la habitación por adelantado.
—¿Por cuántos días?
—Por tres.
—Gracias, Eddie. Haré una visita a Richard Fonda.
—Como usted quiera, *marshall*.
Barry subió la escalera y se detuvo ante la habitación número 8. Llamó con los nudillos.

—¿Quién es? —preguntó la voz de Fonda.

—Barry Morgan.

—¿Qué quiere, *marshall*?

—Hablar contigo.

—No puedo ahora. Tengo una reunión muy importante.

Se oyó la risa de una mujer.

—Elige, Fonda. Abres tú o abro yo a tiros.

—Maldita sea. ¿Es que no puede uno tener un rato de diversión? Está bien. Anda, muñeca, ábrele al entrometido *marshall.*

Pasaron unos segundos y la llave chirrió en la cerradura.

Miriam, una *girl* del *saloon* de Velma, le abrió la puerta. Se estaba poniendo un batín cuyo escote cerró. El carmín de la boca se le había corrido y parecía que había comido chorizo.

Barry entró y cerró.

Richard estaba de espaldas, en mangas de camisa, poniéndose el cinturón. Volvió la cabeza, y sonrió al *marshall.*

—¿Qué quiere? ¿Detenerme por corromper las costumbres de su ciudad?

Barry cogió una silla y se sentó a horcajadas. Luego se echó el sombrero sobre la nuca.

—Richard, ¿qué sabes de tu hermano?

—¿Qué voy a saber? Que está en la cárcel porque usted lo pilló con las manos en la masa.

—Mientes.

Richard se volvió con el ceño fruncido.

—Cuidado, *marshall.* No tiene derecho a insultar a un ciudadano.

—Sabías que tu hermano se iba a fugar.

—¿De qué me está hablando?

—Tengo una mala noticia para ti.

—¿Mala noticia? ¿A qué se refiere?

—A tu hermano lo mataron cuando intentaba fugarse de la penitenciaria.

Richard se puso pálido.

—¡Miente! ¡Maldito sea, miente! El lo había preparado…

—Conque no lo sabías…

Richard se quedó muy serio y de pronto se echó a reír.

—Me tendió una piojosa trampa. Frank no ha muerto.

—No, Richard. No ha muerto. Logró fugarse.

Richard miró a la joven.

—Nena, recuérdame que cuando lleguemos al *saloon* bebamos una botella de champán.

—¿Champán?

—Para ti y para mí. Solitos.

—¿Es tu cumpleaños?

—Estúpida, ¿es que no lo has oído? Mi hermano logró escapar de la mazmorra.

Barry se puso en pie y dio un paso hacia Richard.

Fonda levantó las manos.

—Cuidado con lo que hace, *marshall*. No tiene derecho a hacerme daño. La penitenciaría se encuentra a trescientas millas de Álamo Chico y, si mi hermano se fugó, no tengo nada que ver con eso.

Barry le soltó una bofetada que sonó como un disparo.

Richard chocó contra la pared.

Echó sangre por la comisura de la boca que se limpió con el dorso de la mano. Vio la sangre y su rostro se crispó.

—¡Maldita sea! ¡Yo no me dejo pegar por nadie! ¡Ni siquiera por un *marshall*!

Se abalanzó sobre Morgan y le tiró los dos puños.

Barry le burló una y otra vez y replicó con un derechazo al estómago.

Miriam lanzó un grito.

Richard se tambaleó y Barry le colocó la izquierda en la mandíbula.

Richard cayó en el suelo. Trató de incorporarse pero se venció porque sus ojos bizqueaban. Quedó boca abajo.

Barry llegó a su lado.

—Richard, tú y tu hermano tramáis algo.

—Váyase al infierno.

—Dímelo, ¿qué es?

—Nada. No tramamos nada.

—¿Por qué habéis venido aquí?

—Ya se lo dije. Estábamos de paso.

—Sí, de paso a San Bernardino en California.

—Celebro que lo recuerde.

—Frank se reunirá con vosotros en esta ciudad.

—Frank no es ningún chiflado. Sabe que usted es un *marshall* eficiente. Sabe manejar una situación. Es hábil con el revólver y los puños, como lo ha demostrado ahora. Mi hermano es tan condenadamente listo como usted, y por nada del mundo querría enfrentarse de nuevo con el tipo que lo mandó a la cárcel. Escribí una carta a Frank diciéndole mis planes de ir a California. No me contestó, pero él sabe que voy a San Bernardino.

—Has pagado tres días de hotel.

—Porque decidimos descansar esos tres días en esta ciudad antes de proseguir el camino.

—Me gustaría que ésa fuese la razón.

—Lo es.

—No, Richard. Tú a mí no me la pegas.

—Ande, écheme de la ciudad.

—No, no te voy a echar.

—¿No?

—No serviría de nada que te echase. Tú y tus dos pistoleros podríais reuniros con tu hermano y venir cuando se os antojase. —Barry le sonrió enseñando los dientes con ferocidad—. No, Richard, no os voy a echar. Me interesa mucho más que esperéis aquí. Que venga tu hermano si quiere. Así os podré vigilar.

Se dirigió hacia la puerta y antes de salir volvió la cabeza.

—Ya puedes continuar la diversión con tu chica.

Salió, cerrando tras de sí.

Richard fue a levantarse y Miriam corrió a su lado para ayudarle.

—Déjame quieto. Puedo levantarme yo solo.

—Richard, el *marshall* es un hombre peligroso. No te fíes de él.

Fonda se echó a reír. Estaba pensando en Bárbara Clifford. Sí, aquel *marshall* era muy peligroso, pero Barry Morgan no sabía de dónde le iba a llegar el golpe que acabaría con él.

CAPÍTULO XII

Dorothy estaba cantando su canción.

El local estaba lleno hasta los topes porque Velma se había encargado de proclamar en un cartel pintado en la puerta, que aquella noche debutaba en su establecimiento la mejor cantante y bailarina del Medio Oeste, Dorothy Connors.

Y Velma estaba quedando muy bien ante el público.

Los clientes estaban embobados viendo a aquella joven que con picardía, voz y unas piernas sensacionales, actuaba en el pequeño escenario.

El *marshall* y su ayudante no habían querido perderse la presentación.

—Eh, jefe, además de cocinera le pega también al canto, y al baile.

—La oí cantar en la celda.

—Pero no vio lo demás. ¿Se ha fijado qué piernas?

—Sí, tengo ojos en la cara.

—No me negará que son mejores que las de la viuda.

—Oye, Robert. No necesito conocer tu opinión acerca de Dorothy.

—Como quiera, jefe. No se enfade. Después de todo, Dorothy no le importa nada. ¿Qué puede importarle si ya le enganchó la viuda?

—¡Nadie me enganchó!

—¿Es que ya no se va a casar con la señora Clifford?

—¡Claro que me voy a casar!

—Qué pena… Por un momento había empezado a creer que esa Dorothy le hace tilín.

—No me hace ni tilín ni tolón.

—Pues ella me dijo algo.

—¿Qué te dijo?
—Que usted le pegó un par de besos en el almacén.
—Fue un accidente.
—Ya entiendo, tropezaron y se fueron a dar en la boca.
—Oye, Robert. Deja el sarcasmo. No tropecé, la tomé con mis brazos.
—Y la besó.
—Sí, la besé.
—Porque quiso.
—Porque quise.
—Eso quiere decir que empieza a sentir cariño por ella. Está claro, jefe. Usted está enamorado de Dorothy Connors.

Barry cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir en un gesto de exasperación.

—Robert, yo no estoy enamorado de Dorothy Connors.
—Bueno, el amor es una cosa muy especial. Es como un gusanillo que le entra a uno y empieza a roer y roer. Y de pronto, un día uno se despierta a medianoche diciendo: «Te quiero, Dorothy. Te quiero con todas mis fuerzas y me quiero casar contigo».
—¿Ya terminaste?
—Creo que sí.
—¡Pues cómete el gusanillo!
—Yo no estoy enamorado, jefe. Eso es asunto suyo.
—¿Quieres callarte de una vez y dejar que escuche la canción de Dorothy?
—Sí, no se la pierda, porque estoy seguro de que ella le está dedicando la canción a usted.
—Tonterías.
—Fíjese cómo lo mira.
—Me mira como a los demás.
—No, jefe. Ella le está diciendo con la mirada: «Señor Morgan, en cuanto nos quedemos a solas, tropiece otra vez conmigo».
—¡Basta, Robert!
—Sí, señor. A callar.

Robert tenía razón. Dorothy, mientras cantaba, prestaba más atención a Barry que a cualquier hombre que se encontraba en el local.

Terminó su número y en el *saloon* se produjo la locura.

Las ovaciones eran interminables, acompañadas por un griterío ensordecedor.

Algunos borrachos trataron de llegar al escenario para coger las piernas de Dorothy, pero los dos matones contratados por Velma entraron en funciones y se liaron a mamporros.

Dorothy saludaba una y otra vez ante el auditorio.

Las voces partían de todas partes.

—¡Nena, eres la mejor!

—¡Muñeca, otra canción!

—¡Que cante la de la pulga y que se mueva!

—¿La pulga o ella? —preguntó un gracioso.

Le cerraron la boca de un puñetazo.

Dorothy hizo mutis desapareciendo por un lado.

—¿No va a felicitarla, jefe? —dijo Robert.

—¿Para qué?

—Hombre, es de personas educadas. Al fin y al cabo, usted la tuvo bajo su protección.

Barry encogió un hombro, pero se le veía con ganas de ir al encuentro de Dorothy.

—No hace falta que vaya —rezongó Turner—. No le faltarán tipos dispuestos a felicitarla. Y entre ellos habrá algún lobo dispuesto a hincarle el diente.

—En ese caso, iré, no vaya a ser que la mordisquee.

—Es usted un buen *marshall*. Sí, señor, debe impedir que alguien abuse de la chica.

Barry se abrió paso entre los clientes.

Encontró a Dorothy rodeada por un grupo de ciudadanos prominentes, los más adinerados de la ciudad.

El alcalde besuqueaba una mano de Dorothy.

—Pero qué rica. Pero qué bien lo hace.

Barry le pegó una palmada en la espalda.

—Alcalde, que lo puede ver su esposa.

—¿Dónde? ¿Dónde está? —chilló el alcalde.

—Imagino que estará en su casa, pero alguien le podría ir con el soplo.

—Bueno, ya me retiro, tengo mucho que hacer.

Monty Parker, un abogado presuntuoso, tenía la otra mano de

Dorothy, y le decía:

—Es usted un portento, querida niña. Pero esta ciudad es demasiado poco para usted. Yo tengo amigos influyentes en Austin, y si usted me permitiese…

Barry le palmeó la espalda también y el abogado se dobló y empezó a toser.

—Señor Parker —le dijo Barry—, me acabo de encontrar con su suegra. Me ha dicho que lo están esperando para jugar a las cartas en su casa y que, si no aparece dentro de diez minutos, lo desloma.

El abogado se quitó el sombrero.

—Perdone, señorita. Pero debo atender mi vida familiar.

Los restantes hombres se fueron marchando aprisa, después de escuchar las dos indirectas del *marshall*. Y así quedaron a solas Dorothy y Barry.

Ella lo miró con los ojos entornados.

—*Marshall*, ¿por qué está celoso?

—¿Yo celoso?

—Sí, ha venido y ha espantado a todos mis admiradores.

—Son tipos muy pesados.

—Pues uno de ellos me habló al oído.

—¿Sí? ¿Y qué le dijo?

—Algo muy interesante. Que en mi cuello falta un collar de perlas y que él sabía dónde cómpralas.

—¿Quién le dijo eso?

—¿Para qué?

—Para romperle la boca.

—¿Y dice que no está celoso?

—¡Claro que no lo estoy!

—Entonces, ¿por qué quiere romperle la cara al de las perlas?

Barry se rascó una patilla.

—Porque no puedo permitir que se hagan ciertas proposiciones a una menor.

—¿Qué menor, *marshall*? Yo tengo veintitrés años.

—No los aparenta.

—Gracias por su requiebro, *marshall*. Pero soy mayorcita y no necesito que un representante de la ley me proteja. Y ahora hasta la vista.

Dorothy abrió su camerino y entró en él.

Barry no se marchó. Se quedó allí un poco confundido. ¿Qué infiernos le pasaba con Dorothy Connors?

Llevó aire a sus pulmones y abrió la puerta del camerino con decisión, colándose en el interior.

Dorothy dio un chillido. Se había quitado el vestido y, como en el almacén, se cubrió el escote con las manos.

—Oiga, *marshall*, ¿es que siempre me va a sorprender con sólo la piel puesta?

—Tiene muchas enaguas. No le veo nada del otro mundo.

—¿Por qué ha entrado sin llamar?

—Quiero que se vista y se despida.

—¿De quién me tengo que despedir?

—De Velma. Ya no va a trabajar más en este local.

—*Marshall*, ¿piensa que soy una chica inmoral? Es eso, ¿eh? ¡Quiere echarme de la ciudad por coquetear con sus ciudadanos!

—No.

—Me pidieron que cantase la pulga, pero no la canté.

—Olvide eso.

—¿Cuál es el motivo entonces para que yo me despida de Velma?

—La voy a llevar a un hotel y estará allí un par de días hasta que lo arregle todo.

—¿Qué es lo que tiene que arreglar?

—Lo de los hermanos Fonda y sus pistoleros.

—¿Qué tengo que ver con eso?

—Mucho. Cuando termine con el asunto de los hermanos Fonda, nos casaremos.

Dorothy se quedó con la boca abierta. Señaló a Barry y luego se señaló a sí misma.

—¿Usted y… yo… nos casaremos?

—Sí.

—¿Y por qué hemos de hacer tal cosa?

—Hace demasiadas preguntas.

—Oiga, *marshall*. Está hablando de un matrimonio y usted y yo somos los protagonistas. ¡Tengo que enterarme de sus pensamientos! ¿Os es que me va a imponer el matrimonio como multa?

Barry se quitó el sombrero y le dio vueltas entre los dedos.

—Señorita Connors, tengo el deber de informarle que la quiero.

—¿Me quiere?

—Sí, me he enamorado de usted.

Dorothy se echó a reír.

Barry arrugó el ceño.

—¿Es que lo encuentra divertido?

—Ahora es usted el de las preguntas.

—¿Por qué se ríe de mí?

—Está ahí tan solemne, tan formal. —Dorothy emitió su voz—. «Señorita Connors, tengo el deber de informarle»… ¿Cree que eso es una declaración de amor? Me habla como si me estuviera leyendo una sentencia, condenándome a morir en la horca. Apuesto a que usa la misma solemnidad con los que han de subir al patíbulo.

—Oiga, señorita Connors, es la primera vez que le pido a una mujer que se case conmigo.

—La segunda. ¿O es que olvida a la viuda?

—La primera, señorita Connors. Fue la viuda quien me pidió que me casase con ella.

—¿Fue la viuda?

—Sí.

—¿Y usted aceptó?

—Sí.

—¿Por qué le contestó afirmativamente si no estaba enamorado de ella?

—Creí estarlo.

—Y ahora piensa que no lo está.

—No, ahora pienso que cometí un grave error. Porque es usted de quien me he enamorado y a quien quiero por esposa.

—¿Es eso cierto?

—Creo que sí.

—¡No basta con que lo crea! ¡Tiene que estar seguro!

—Estoy seguro.

Barry dio un paso hacia Dorothy, que ya no se cubría con las manos el escote.

—Barry Morgan, quiero saber algo. ¿Cómo le vas a decir a la viuda que has cambiado de opinión?

—Se lo diré ahora mismo.

—Te va a resultar un poco difícil.

—Será la mar de fácil.

—¿Y si te enganchase otra vez?

—No, no dejaré que me enganche.

—Tú mismo acabas de decir que fue ella la que organizó el matrimonio.

—Me pilló un cuarto de hora flojo.

—¡Oh, Barry, puedes tener otro cuarto de hora flojo!

Barry rió y tomó a la joven por los brazos.

—No, Dorothy, ya no tendré un solo minuto flojo con la viuda.

La besó en los rojos labios entreabiertos.

—Barry, no me beses así.

—¿Por qué no?

—Porque estoy en mi cuarto de hora flojo.

Alguien llamó a la puerta.

—Señorita Connors, ¿está preparada para el siguiente número?

Barry apartó su boca de la de Dorothy y dijo:

—El siguiente número lo vas a hacer tú, Delmer.

—Oiga, *marshall*, yo estoy muy viejo para lucir las piernas.

—Pues dile a Velma que Dorothy rescindió el contrato. Que sólo bailará y cantará para el *marshall* de Álamo Chico.

Y tras aquellas palabras, Barry volvió a estrechar entre sus brazos y a besar a Dorothy.

CAPÍTULO XIII

La viuda Clifford le abrió la puerta.

—Buenas noches, Bárbara.

—Oh, querido. Eres tú.

Rodeó con sus brazos el cuello de Barry y lo besó en la boca. Fue un beso intenso porque Bárbara sabía besar y aquel hombre le seguía atrayendo, a pesar de que quería su muerte porque con ella ganaría muchos miles de dólares.

Barry dejó colgar los brazos. No hizo nada por estrecharla contra él como otras veces.

—Barry, ¿qué te pasa?

—Tengo que hablar contigo.

—Abrázame primero.

—No puedo.

—¿Tienes reúma?

—No, no es eso.

Ella, sin embargo, tenía ganas de besarlo otra vez y lo besó. Y tampoco Barry colaboró con ella.

Bárbara se apartó de él un paso.

—¿De qué se trata?

—De Dorothy Connors.

—¿Te refieres a esa mujerzuela?

—No es una mujerzuela.

—Pasé junto al *saloon* de Velma y vi que anunciaban su presentación como mujerzuela.

—Como artista.

—Ella canta y baila. Oí desde aquí el jaleo que se armaba en el *saloon*. Debió enseñar mucho a los espectadores para conseguir un éxito tan impresionante.

—Bueno, fue su estilo lo que les causó impresión.

Bárbara sonrió.

—Después de todo, eres como los demás hombres. Un ingenuo. ¿Crees que a esa gente le importa cómo canta y baila?… Dorothy es hermosa —se arrepintió al instante de haber dicho aquello y lo demostró mordiéndose el labio inferior.

Barry no dijo nada durante unos instantes. Fue ella quien interrumpió aquel silencio.

—Continúa hablando de esa mujer.

—La quiero.

—¿Qué?

—He dicho que la quiero.

Los ojos de Bárbara se llenaron de ira.

—Imagino que me estás gastando una broma, Barry.

—No.

—Entonces estás ebrio.

—No.

Ella corrió hacia él y lo rodeó otra vez con sus brazos.

No, no podía consentir que el *marshall* de Álamo Chico la abandonase. Debía controlarlo porque, como le había dicho Richard Fonda, de ella dependía el éxito del asalto. Debía dominar a Barry Morgan para dejarlo fuera de juego. Aquel *marshall* era un tipo peligroso, un hombre que sabía manejar una situación difícil, porque era hábil con el revólver. En una anterior ocasión había impedido que su Banco fuese asaltado por Frank Fonda, al que estaban esperando.

—Es a mí a quien quieres, Barry.

No le dejó contestar. Aplastó sus labios contra los de él.

Barry movió sus manos. Tomó por los brazos a Bárbara.

—Bárbara, ahora he comprendido muchas cosas.

—¿Qué es lo que has comprendido?

—Lo nuestro fue muy bonito… Me gustaste y yo te gusté.

—¿Y qué más?

—Yo no estaba muy seguro de lo que sentía por ti hasta que aquel día tú…

—Continúa.

—Tú me pediste que fuese tu esposo.

—¿Y qué pasó entonces?

—Creí que el matrimonio era una solución.
—¿Y no lo es?
—No, Bárbara. Estábamos a punto de cometer un error.
—Yo no iba a cometer ningún error.
—Sí, Bárbara El error lo habríamos cometido tú y yo. Eres atractiva, eres bonita… Pero no puedo ser tu marido porque mis sentimientos hacia ti no son los que un marido debe tener hacia su mujer.
—¿Me vas a decir que esos sentimientos son los que guardas para Dorothy Connors?
—Sí.
—¿Que ella va a ser tu esposa?
—Sí.
Bárbara soltó una carcajada, pero estaba llena de nerviosismo.
—Así que, una cualquiera llega a tu pueblo, la encierras en una celda, ¿y qué es lo que pasa? Que sostienes un romance con ella…
—Es posible que las cosas pasasen así.
—Te engañó desde el principio.
—No tuvo más remedio que hacerlo porque era una mujer perseguida.
—Te mintió una y otra vez, poniéndote en evidencia ante mí.
—Formaba parte de su plan.
—Claro, del plan que ella tenía para desbancarme.
—No digas eso.
—¡Tengo que decirlo porque es la verdad!
—Dorothy no me había visto en su vida antes de llegar a esta ciudad… Todo lo hizo por salvar su piel. Quiso que la encerrase en la celda porque sólo de esa forma yo me enfrentaría a Max Burton y sus hombres.
—¿Y el juego de los besos? ¿Por qué necesitaba hacer una comedia ante mí? ¿Por qué dijo que tú tratabas de abusar de ella? ¿Por qué me indicó que querías emborracharla?… Qué gran conocedor de las mujeres… ¡Ella te había echado el ojo, Barry Morgan!…
—Es posible.
—Y tú te dejaste engatusar.
—Lo mismo dijo Robert de ti.
—¿Cómo?

—Sí, Robert dijo que tú me habías prendido en tus redes.

—Voy a suponer que Dorothy y yo fuésemos iguales. Al menos, yo lo hice con decencia.

—Ni más ni menos que ella.

—¿Me vas a comparar con Dorothy?

—No trato de insultar a ninguna. Ni a ella ni a ti. Dicen que en la guerra y en el amor todo es permitido. Dorothy se valió de unos medios y tú te valiste de otros. ¿Crees que no recuerdo lo sugestiva que te ponías cuando yo venía a verte? Ensanchabas tu escote. Te ponías perfume en la más pequeña pulgada de tu piel y te acercabas a mí insinuante: «¿Quieres más café, *marshall*?», me preguntabas inclinada sobre mí… ¿Acaso era café lo que querías darme?

Bárbara apretó sus bonitos dientes hasta hacerlos rechinar.

—¡Bastardo!

—Lo siento, Bárbara.

Bárbara se dio cuenta de que aquel hombre se le escapaba. Y con ello peligraba el plan del asalto al Banco.

Corrió hacia él y lo alcanzó junto a la puerta. Lo hizo volverse y otra vez se colgó de su cuello.

—Te quiero, Barry. Te quiero.

—No, no me quieres.

—Perdona mis insultos.

—No me supliques ahora.

—¡Tengo que suplicarte porque no quiero perderte!

—Hay por lo menos tres ricos rancheros en la comarca que están enamorados de ti. Puedes elegir entre ellos…

—¡Te elijo a ti!

—No, Bárbara. Tú y yo no podemos ir juntos a ninguna parte.

Bárbara apartó los brazos del cuello varonil.

—Tienes tu orgullo, Bárbara, y sé que ahora me odiarás. Resultará bueno para ti. Y dentro de muy poco tiempo habrás olvidado todo lo que pasó entre nosotros. Te deseo suerte.

Barry salió de la casa y Bárbara ya no intentó ir detrás de él.

Se volvió furiosa, dejóse caer en el sofá y entonces cogió un almohadón y, con sus uñas afiladas, empezó a rasgarlo a zarpazos.

—¿Qué te pasa, muñeca?

Era Richard Fonda. Se acercó a ella mientras agregaba:

—Acabo de ver a Barry Morgan en la calle y parecía muy

contento, pero tú estás muy furiosa.

—Ha roto conmigo.

Richard endureció el rostro.

—¿Qué has dicho?

—Vino a romper su compromiso matrimonial.

—¿Has hecho la estúpida?

—No he hecho la estúpida. Ha habido una que ha hecho la gata.

—¿Quién?

—Dorothy Connors. La que tuvo en la cárcel.

Richard entornó los ojos.

—He visto su actuación en el *saloon*. El local parecía una jaula de locos, y debo admitir que la chica lo hizo muy bien.

—Debió interpretar mucho mejor con Barry a solas, y no precisamente una partitura. Barry se va a casar con ella.

—¡Maldita seas!

—¡No pude evitarlo!

—¿Y de quién es la culpa? ¿Mía?

—Ni tuya ni mía. Ha sido esa mujer. Tuvimos la desgracia de que se presentase aquí cuando todo estaba en orden, listo para que tu hermano llegase y empezásemos a actuar. Yo le habría dado el veneno al *marshall* y Frank le habría roto la boca a tiro limpio como prometió.

—Es lo que va a pasar.

—¿Y cómo lo vamos a hacer ahora?

Richard paseó a un lado y otro de la estancia mientras rezongaba:

—Hemos de cargarnos al *marshall*, ¿lo oyes? Esta vez Barry Morgan no impedirá el asalto a su Banco.

CAPÍTULO XIV

—Enhorabuena, jefe —sonrió Robert Turner—. Se lleva la mejor.

—¿Lo dices porque ahora dejarás de cocinar gracias a Dorothy?

—No lo puedo negar.

—Y comerás muy bien.

—Tampoco lo niego.

—¡Eres un cínico, Robert!

—Jefe, yo comeré muy bien, pero usted comerá mejor.

—Robert, te prohíbo ciertas alusiones.

—No sea mal intencionado, jefe. Yo sólo lo decía porque ella le preparará los mejores postres.

—¡Robert, sigues siendo un mal pensado!

La puerta se abrió y entró Dorothy.

—Buenos días, muchachos.

Estaba resplandeciente de belleza porque lucía un vestido nuevo.

—¿Qué tal me encuentras, Barry?

—No estás mal.

—Debo estar muy bien porque me han ladrado por la calle.

—Robert, te he dicho que no quiero perros callejeros.

Dorothy intervino:

—No eran perros los que me ladraban, Barry. Eran hombres.

Morgan se levantó de un salto.

—Haré de lacero. Cogeré a todos esos tipos por el cuello y los meteré en la perrera por ir sin bozal.

—Déjalos quietos, Barry —rió Dorothy—. A mí me resulta divertido, y a ti te debe enorgullecer que tu prometida sea tan requebrada.

—Al primero que te requiebre yendo conmigo, le saco la dentadura de cuajo.

—Mi *marshall* brutote —dijo ella y lo besó en la boca.

Barry aumentó la presión de aquel beso.

Turner se puso a toser.

—Robert, si estás resfriado toma pastillas —rezongó el *marshall*.

—No estoy resfriado, jefe. Pero no hay derecho a que me pongan los dientes largos.

Dorothy fue al lado del ayudante y lo besó en la mejilla.

—Toma tu premio.

—Dorothy, ya no me lavaré la cara.

Barry le señaló el patio.

—Yo te voy a tirar de cabeza a la tinaja.

La puerta se abrió de golpe y entró Peter Farrell. Había sido el vigilante del Banco cuando el asalto de Frank Fonda. Se recuperó en unas semanas de la herida sufrida y luego lo habían jubilado.

Su rostro estaba blanco.

—¡*Marshall*, lo acabo de ver!

—¿A quién?

—A Frank Fonda.

Turner intervino:

—Es la quinta vez que lo dices en los últimos años, Peter. En cuanto llega un forastero de la misma talla que Frank, dices que es Frank Fonda. Y las cinco veces anteriores te equivocaste.

—Esta vez es la buena. Estoy seguro.

—¿Dónde lo viste, Peter? —preguntó Barry.

—Yo estaba partiendo leña en la parte trasera de mi casa cuando oí una cabalgada. Vi que un jinete venía del Este y se metía por un callejón.

—¿A qué distancia lo viste?

—A unos treinta metros. Pero lo reconocí. Era Frank Fonda. Se metió por el callejón que está entre la casa de Joe Smith y la de Alex Murray… Corrí por el callejón pero, cuando llegué allí, ya no pude ver a Frank. He venido enseguida para informarle.

—Gracias, Peter.

—¿Qué va a hacer, *marshall*?

—Echaré un vistazo por ahí.

—Tenga cuidado, *marshall*. Me dijeron que el hermano de Frank, Richard, está en la ciudad.

—Sí, Peter, y creo que esta vez no te equivocas con respecto a

Frank. Se fugó de la penitenciaría. Anda, vete a tu casa y no salgas.

Peter Farrell sacudió la cabeza en sentido afirmativo y salió de la comisaría.

Turner dio un suspiro.

—Ya lo tenemos aquí.

—Lo esperaba. No me pilla de sorpresa.

Barry fue al armero y sacó un rifle.

Dorothy corrió hacia él.

—¿Qué vas a hacer, Barry?

—Debo capturar a Frank Fonda antes de que haga algo malo en la ciudad.

Frank Fonda metió una bala en la recámara del «Winchester 73» que manejaba. El arma le había sido entregada por su hermano Richard.

—Gracias por conservarme mi rifle, Richard.

Estaban en la casa de la viuda Clifford. Bárbara estaba sentada en un sillón mirando al recién llegado.

Frank Fonda frisaba los treinta años y era más alto que su hermano. Tenía el rostro de facciones alargadas, con patillas largas y espesas, ojos negros.

Al fondo de la estancia, apoyados en la pared, se encontraban los otros dos miembros de la banda, Michel Brassen y Roger Curtis. Repartían sus miradas entre Frank Fonda y la hermosa viuda porque ésta se había preocupado muy poco de cubrir las piernas con el batín, y enseñaba sus hermosas pantorrillas.

Frank Fonda se movió hacia Bárbara. Se inclinó sobre ella y, cogiendo la bata por uno de los bordes, le cubrió las piernas.

—Nena, no quiero que distraigas a mis muchachos. Es la hora de trabajar y no de darnos sesiones de picardía.

Bárbara sonrió.

—No tengo inconveniente en que los muchachos me miren.

Frank le soltó una bofetada.

Bárbara pegó un grito.

—¿Por qué me pegas?

—No me gustan las niñas estúpidas y tú eres una de ellas. Fallaste con el *marshall*.

—Ya te lo han contado todo. No fue culpa mía, sino de esa entrometida.

—De acuerdo. Surgió algo imprevisto, pero uno siempre debe estar preparado para cuando se presenta la emergencia. Anda, dime, nena, ¿qué es lo que pensaste para el caso de un fallo?

Bárbara parpadeó.

—No sé.

—Lo cual quiere decir que no has pensado.

—Yo sólo tenía que hacer un trabajo y lo hice lo mejor que pude.

—Pero fallaste, muñeca. Fallaste.

Frank se movió hacia su hermano, cuyos nervios estaban tirantes como las cuerdas de una guitarra.

—¿Y qué has pensado tú, Richard?

—Entrar en la comisaría y liarnos a tiros con el *marshall* y su ayudante.

—A la brava, ¿eh?

—Sí, Frank. A la brava.

—Maldita sea, planeé durante seis meses mi fuga y asaltar el Banco de Álamo Chico. Logré escapar porque dependía de mí. ¿Y qué es lo que me encuentro cuando llego a esta ciudad? ¡Que los que tenían que organizar el asalto han fallado!

—Entraremos en la comisaría, Frank. Es lo mejor. Nosotros somos cuatro y ellos dos. Acabaremos con el *marshall* y su ayudante en un abrir y cerrar de ojos.

—Tú no sabes quién es ese *marshall*. Yo le conocí bien. Sabe dónde colocar una bala a cincuenta metros de distancia. Hasta le daría en el centro a una moneda de veinticinco centavos. Te lo advertí una y otra vez. El *marshall* debería estar a mis pies cuando tuviésemos que dar el golpe. Me he pasado las noches soñando con esa escena. El *marshall* medio inconsciente en el suelo, y yo pegándole con la bota y gritándole: «¡Levántate, perro inmundo!».

Miraba al suelo, la boca torcida, respirando agitadamente como si en realidad estuviese allí mismo, a sus pies, Barry Morgan.

Levantó la vista hacia su hermano.

—Eso es lo que quería. Eso es lo que soñé, y ahora tú me dices que debemos meternos en la comisaría y liarnos a tiros. ¿Sabes lo que podría pasar? ¡Que nosotros cuatro nos fuésemos al cementerio y que al *marshall* lo proclamasen un héroe!

—Tendremos cuidado.

—No, Richard. No vale eso con Barry Morgan.

—Pondremos toda la carne en el asador.

—¡Te digo que no sirve!

Frank dio unos pasos por la estancia. Se detuvo y fijó sus ojos en Bárbara.

—Sois una pandilla de estúpidos.

Bárbara chilló:

—Richard, ¿es que vas a dejar que Frank nos ofenda una y otra vez?

Frank la señaló con el dedo.

—No pretendas que Richard y yo nos enfrentemos, o te arranco la piel a tiras, mujerzuela barata.

Bárbara fue a protestar pero, al ver la amenazadora mirada que Frank le dirigía, optó por callar.

Frank siguió paseando. En un momento determinado, tomó una botella de *whisky* y un vaso. Se sirvió una abundante ración y la bebió de un solo trago. De pronto se echó a reír.

Nadie sabía de qué se reía, pero todos sonrieron.

—Será fácil, Richard… Me habéis contado la historia. El *marshall* rompió su compromiso con Bárbara porque apareció otra mujer en su vida y me habéis dicho que ella es muy hermosa… Y el *marshall* está que bebe los vientos por ella y la va a convertir en su mujer… Condenación, ¿cómo no lo habéis visto con la misma claridad que lo veo yo?… Nos valdremos de esa muchacha, de Dorothy Connors, para apartar de nuestro camino a Barry Morgan.

CAPÍTULO XV

Dorothy Connors estaba nerviosa, en la habitación número siete, del hotel de Eddie Robinson.

Barry y Robert estaban haciendo una ronda por la ciudad inspeccionando los establecimientos. Habían empezado su inspección por aquel mismo hotel, cerciorándose de que Frank Fonda no estaba allí, pero tampoco estaban Richard ni los otros dos pistoleros.

De cuando en cuando, Dorothy se asomaba a la ventana.

Ahora vio a Barry salir del *saloon*.

Barry se detuvo y miró hacia la ventana.

Ella le hizo un saludo con la mano y Barry le contestó.

Barry se metió por un callejón en cuya esquina había un cartel: «Al establo de Spencer Dawis».

Dorothy oyó que la puerta se abría a su espalda y volvióse.

Sintió un estremecimiento al ver al hombre que entraba en el dormitorio.

—Se ha equivocado de habitación.

—Y yo digo que no.

—¿A quién busca?

—A Dorothy Connors.

—¿Y quién es usted?

—Roger Curtis.

—Oiga, señor Curtis. Comprendo que le produje una gran impresión cuando me presenté anoche en el *saloon* de Velma.

—Sí, fue una gran impresión.

—Viene a felicitarme y yo acepto su felicitación, pero ahora debe marcharse.

El rubio no dijo nada.

—Soy la prometida del *marshall* Barry Morgan.

—Y me debe dar mucho miedo, ¿verdad?

—Es un *marshall* duro y también es muy celoso. Si se enterase de que usted se encuentra conmigo en esta habitación…

—Me mataría.

—No, le pegaría una paliza.

—No le vamos a dar tiempo a eso.

—¿Le vamos? ¿Usted y cuántos más?

—Frank Fonda, su hermano Richard, Michel Brassen, y yo… ¿Tienes bastante?

Dorothy sintió un escalofrío por la espina dorsal.

—Al *marshall* no le gustaría que utilizasen a su novia para gastarle una broma.

—No es una broma, nena. Esto es muy serio. Acertaste en que te vamos a utilizar… Acabaremos con el *marshall.*

Dorothy sintióse morir, pero reaccionó enseguida. No, ella no iba a consentir que matasen a Barry Morgan. Quería casarse con él, tener una familia con él.

—Está bien. Tendré que obedecer.

—Bien pensado, muñeca.

—¿He de ir con usted?

—Sí.

—No me voy a resistir. De modo que no hará falta que emplee la fuerza.

—Eres una chica muy juiciosa.

Dorothy se dirigió a la puerta donde estaba Curtis. Éste no exhibía el arma porque no lo había creído necesario.

Ella abrió la puerta. Pero, de pronto, se volvió y atrapó a Curtis por el brazo. Una vez más puso en juego aquella treta que le había enseñado el japonés. Hizo con el brazo del rubio, palanca sobre su hombro, y lo lanzó por el aire.

Fue un volteo perfecto. Curtis no tuvo más remedio que ayudar a Dorothy en sus movimientos, para que su brazo no se rompiese. Chocó contra la pared y cayó en el suelo como un guiñapo.

Dorothy no se entretuvo un segundo. Salió corriendo de la habitación, y empezó a bajar las escaleras.

De repente una voz dijo:

—¿Adónde vas, nena?

Se detuvo en el último tramo de peldaños y miró abajo, de donde le llegó la voz.

Allí había varios hombres.

El señor Warren, el dueño del hotel, estaba en el suelo, echando sangre por las narices.

Dorothy se volvió para correr hacia arriba otra vez pero no lo hizo al ver en lo alto al rubio que había golpeado.

—¿Qué te pasa, Roger? —le preguntó Frank.

—Me descuidé.

—No consentiré otro error, muchacho.

El rubio asintió con la cabeza.

Dorothy llevó aire a sus pulmones.

—Usted es Frank Fonda, el hombre que se ha fugado de la cárcel.

—Lo soy.

—No debería estar aquí. Barry Morgan lo detendrá otra vez.

—No podrá.

—Está perdiendo un tiempo precioso, señor Fonda. Debería haber seguido hacia lo frontera de México y no entretenerse en enfrentarse con un hombre que cumplió con su deber.

—Te falta saber algo, muñeca.

—¿El qué?

—Que no estoy aquí solo por vengarme de Barry Morgan. Hay otro motivo. Continuar algo que empecé.

—¿Se refiere al asalto al Banco?

—Premio, muñeca.

—No conseguirá nada.

—Quizá no la habríamos conseguido si tuviésemos que enfrentarnos con el *marshall*. Pero vamos a tener una gran ayuda. La tuya.

—Ni lo piense.

El rubio bajó los peldaños que lo separaban de Dorothy.

Ella se volvió para voltearlo otra vez, pero Roger estaba preparado y la enlazó con sus brazos.

Dorothy forcejeó. No le sirvió de nada porque Roger estaba empleando todas sus fuerzas.

—Pégale, Roger —ordenó Frank Fonda.

Curtis soltó un puñetazo en la cara de Dorothy.

La joven casi se desvaneció. Entonces Roger la tomó en brazos y bajó con ella al vestíbulo.

Dorothy se reanimó y Roger la puso en el suelo, pero la siguió sujetando por el cuello.

Frank acercó su cara a la de Dorothy.

—Nena, será fácil. No tengo ningún interés en matarte. Sólo me interesa mandar al infierno a ese perro del *marshall.*

Dorothy le escupió en la cara.

Frank le pegó con la mano abierta en la mejilla y ella dio un chillido.

—Roger —dijo Frank—. Retuércele el pescuezo si vuelve a gritar.

—Lo haré con mucho gusto.

—¡Son ustedes unos miserables! —gimió Dorothy.

—Sí, nena. Somos miserables porque no tenemos dinero. Pero vamos a ser muy ricos —sonrió Frank.

Richard estaba en la puerta de la calle.

—Cuidado, Frank. Ya está ahí. Acaba de salir del callejón.

Frank se dirigió hacia la puerta. Salió a la calle con toda tranquilidad.

—¡Marshall!

Barry se había detenido en la esquina y movió la cabeza hacia el hotel.

Los dos antiguos rivales se miraron atentamente.

—Hola, *marshall.*

—Frank, no debiste venir aquí después de tu fuga.

—Tenía una cita.

—Sí, ya lo sé. Con tu hermano.

—No, *marshall*. Con mi hermano, no. Tenía una cita con usted.

—Pues debiste borrarla de tu mente.

—Eso no lo podría hacer por nada del mundo.

—Bien, Frank. Ya estamos enfrentados tú y yo. Anda, saca.

Frank se echó a reír.

—No va a ser como usted cree, Morgan.

—¿No?

—Yo soy el que impongo las condiciones.

Barry miró a un lado y a otro de la calle, esperando descubrir el lugar donde estuviesen apostados el hermano de Frank y los otros

dos pistoleros.

—No busque, *marshall*. Mis muchachos están en el hotel.

—Entonces, no podrán ayudarte.

—Me están ayudando ya.

—¿Cómo lo hacen?

—Reteniendo a su prometida.

De repente, oyó la voz de Dorothy:

—¡No le hagas caso, Barry! ¡Mátalo!

—Mis muchachos tienen a Dorothy Connors… Ya la ha oído. Esa chica le debe querer mucho, *marshall*. Está dispuesta a sacrificarse por usted.

—Eres un canalla, Frank.

—Según su punto de vista, lo soy, pero, según yo lo veo, soy un tipo listo.

—¿Qué quieres?

—Desabróchese el cinturón y déjelo caer en el suelo.

—¿Y luego?

—Luego quiero que venga arrastrándose hasta mí —los ojos de Frank brillaban fieramente—. Sí, *marshall*, quiero que se arrastre hasta mí como un perro inmundo. Vamos, ¿qué está esperando? ¡Empiece!

Barry llevó las manos a la hebilla y la despasó. El cinturón con el revólver, cayó a sus pies. Frank desenfundó.

En el interior del hotel, el ayudante Robert Turner apareció en lo alto de la escalera con el revólver en la diestra.

—¡Todo el mundo con las manos arriba!

No le hicieron caso, pero Dorothy se arrojó al suelo.

Robert empezó a disparar. Se cargó a un pistolero, a Michel Brassen.

Richard Fonda y Roger Curtis retrocedieron hacia la calle mientras disparaban, aunque no pudieron alcanzar a Robert porque éste se escondió en la esquina del corredor.

En la calle, Frank, al oír el primer disparo, volvió la cabeza.

Barry se dejó caer en el suelo en busca de su revólver.

Frank tenía ventaja, e hizo fuego contra Barry.

El *marshall* estaba sacando el revólver de la funda y con él en la mano, dio dos vueltas en el polvo, burlando los plomos que Fonda le enviaba.

Al quedar de bruces, disparó.

Frank Fonda recibió el impacto en el pecho y cayó hacia atrás.

Richard Fonda y Roger Curtis salieron del hotel haciendo fuego hacia el *marshall*, pero éste ya había cambiado de sitio dando más vueltas en la tierra y, entre giro y giro, siguió apretando el gatillo.

Richard soltó un aullido al recibir un plomo en las tripas y se derrumbó.

Roger Curtis dejó caer el revólver.

—¡No dispare, *marshall*!

El *marshall* se puso en pie y caminó hacia la puerta del hotel.

Frank Fonda estaba muerto, pero su hermano Richard todavía vivía.

—Bárbara —dijo Richard con voz de moribundo—. Te quiero, Bárbara. Tú tenías que haber envenenado al *marshall* y todo habría salido bien… Tú eras nuestra única oportunidad… ¿Dónde estás, Bárbara?

Murió sin poder ver a la viuda.

Dorothy apareció tambaleándose en la puerta.

—Oh, Barry, estás vivo.

—Tenía que estarlo para poder casarme contigo.

Aquel mismo día, Bárbara Clifford abandonó la ciudad para no volver nunca.

Y veinticuatro horas más tarde, el *marshall* Barry Morgan contrajo matrimonio con Dorothy Connors, actuando de padrino Robert Turner.

Cuando terminó la ceremonia y los novios se estaban besando, Robert dio un suspiro y preguntó sonriente:

—Dorothy, ¿qué nos vas a hacer de comida hoy?

Barry interrumpió el beso y respondió:

—Tendrás que comer en el restaurante chino, Robert. Dorothy sólo cocinará hoy para mí.

Y continuó besando a su mujer.

FIN